AÑO 1.º DOMINGO 15 DE FEBRERO DE 1857. NUMERO 3.

EL ESCUDO CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO-MORAL, CIENTÍFICO-LITERARIO.

Sale este periódico los dias 15 y último de cada mes, y consta de 4 pliegos ó sea 32 páginas con 64 columnas de buen papel y esmerada impresion, á cuyo efecto se repartirá una hermosa cubierta de color impresa con el núm. 1.º de cada semestre.

Se suscribe en esta Capital en la librería de Ruiz llevado á domicilio, 12 rs. por 3 meses, 22 por 6, y 40 por todo el año.
Fuera de Logroño franco de porte, en las principales librerías 15 rs. por trimestre, 27 por semestre y 50 por todo el año.

Seccion 1.ª

ESTUDIOS APOLOGETICOS.

Dios.

1.º

SU EXISTENCIA.

Si un edificio ha de ser sólido y duradero, anchos y profundos han de ser los cimientos.

Toda ciencia debe descansar sobre principios ciertos, que son los cimientos del edificio científico, que se intenta levantar; el cimiento y principio de todas las ciencias es Dios, la última solucion de todos los problemas es Dios. En el cuestionario filosófico tendremos ocasion de desarrollar esta idea; pero donde mas ostensiblemente resalta esta verdad es en las ciencias religiosas. El principio, el fundamento, el punto de apoyo de todo lo que dice relacion al órden moral y religioso es Dios. Negad los principios científicos, y se desploma toda certeza, toda verdad, todo conocimiento. Negad á Dios, y habeis negado toda la teología; negad á Dios, y habeis negado la historia; negad á Dios, y habeis negado el vastísimo Reino de la física con sus innumerables provincias. Negad á Dios, y habeis negado todas las ciencias. Sin Dios no se concibe la existencia de los hombres que crean unas ciencias, y esplican otras. Sin Dios no se concibe la existencia del universo, ni las leyes físicas con que se rige; solamente con negar á Dios, todo lo habeis negado; pero muy particularmente habreis negado, (y este es vuestro objeto) la religion. Si en todas las demas ciencias Dios es el punto de apoyo, el principio, y la solucion; en religion, Dios es el edificio entero: negadlo, y habeis negado toda religion. Ni siquiera habrá religion natural. Es pues Dios la primera verdad del edificio católico. El catolicismo enseña, que antes que exis-

tiesen los cielos y la tierra, existía y existe un Ser eterno, infinito, inmutable; que este Ser es un occéano infinito de sustancia, que nada le circunscribe ni limita; que ni los ojos del entendimiento pueden soportar su luz eterna, ni el corazon del hombre es bastante capaz para amarle; que ningun mortal puede contemplar sus innaccesibles resplandores: que mas allá del espacio y de los mundos habita un santuario que no se puede hallar; que no hay altura que pueda subir hasta él, ni profundidad que pueda descender hasta el fondo de su naturaleza, ni latitud capaz de abarcar su inmensidad, ni longitud que pueda medir su duracion: en una palabra, que Dios es incomprensible: pero al mismo tiempo enseña, que las huellas de su existencia y atributos se encuentran en todas partes: en la magnificencia de los cielos, en las galas de la tierra, en la anchura de los mares, en la obediencia filial de las olas, en el hermoso vestido del lirio de los valles, en las moles que giran en el firmamento y en los atomos que en sus alas llevan los vientos; y como dice con su acostumbrada y profunda elocuencia Monseñor Gaume, Dios encierra en su seno el universo y sus múltiples creaciones. Hállase dentro y fuera, lejos y cerca y en todas partes, en el astro que brilla en la frente de los cielos, en el aire que nos dá vida, en el calor que nos reanima, en el agua que aplaca nuestra sed, en el soplo de la brisa, en el mugido de las olas, en la flor que nos deleita, en el animal que nos sirve, en el espíritu y en la materia, en la cuna, y en la tumba, en el atomo y en la inmensidad, en el ruido, y en el silencio.

Dios todo lo oye; la música armoniosa de las esferas celestes, los cantos gozosos de la alondra y ruiseñor, el zumbido de la abeja, el rugido del leon, los pasos de la hormiga, las voces del Niagara, la respiracion del hombre, la oracion del justo, las blasfemias del malvado.

Dios todo lo vè; el sol resplandeciente á las miradas del universo, el insecto oculto bajo la yerba, el imperceptible pez perdido en medio de los abismos del Oceano, los pensamientos del alma, los latidos del corazon; el hambre del pajarillo que demanda su sustento, las ignoradas necesidades del pobre, las lágrimas del oprimido.

Dios todo lo gobierna; el egército innumerable de los cielos, las naciones civilizadas, y los pueblos bárbaros, las estaciones, los vientos y las tempestades, las criaturas privadas de razon, y los seres dotados de inteligencia. Alimenta, abriga, hospeda, viste, conserva y protege todo cuanto respira, por que todo respira por él.

Tal es la nocion que el catolicismo nos dá de Dios, y estas son las verdades que vamos á demostrar. No nos engolfaremos en pruebas muy metafísicas sobre todos los atributos divinos: su Existencia, su Omnipotencia, su Inteligencia, su Providencia, hé aqui los cuatro puntos que serán objeto de otros tantos artículos; no porque nuestros lectores necesiten se les prueben unas verdades que tan profundamente tienen grabadas, sino es para proceder con el debido método en nuestra apología; para presentarles en relieve las ideas que tienen como pintadas en su espíritu, para que se vea mas patentemente la ceguedad, ignorancia ò mala fé del ateismo, y mas fàcilmente puedan confundir á alguno de los espíritus fuertes con quien tropiecen. Empezaremos por la existencia de Dios. Todas las pruebas que aduzcamos sobre los indicados atributos serán otras tantas de su existencia. En el presen-

te por lo mismo nos limitaremos á las mas sencillas, sacadas de la existencia del universo, y del testimonio del género humano.

El que con los ojos abiertos, y en medio de un vasto horizonte, no vea al mediodia el sol, es un ciego; quien no vea á Dios, es un loco; y no solamente ciego, sino es que privado de todos los sentidos debe estar; pues todos los sentidos dan noticia de Dios. Oigamos las voces de toda la naturaleza, y la elocuentísima voz de todos los pueblos y naciones.

Miles de años há, que á distancia de treinta millones de la morada del hombre, existe un sol, que ningun hombre ha visitado, que ha alumbrado todas las transformaciones que ha sufrido nuestro planeta, y que sale y se pone todos los dias por los mismos puntos, por los que comenzó su carrera. A mayores y menores distancias existen otros astros que giran en torno del sol, haciéndole la corte como á su Rey; sobre ellos se observan innumerables cuerpos centelleantes, que como otros tantos faros iluminan, embellecen, y esmaltan la inmensa bóbeda azulada que envuelve al globo terraquéo: á una distancia inconmensurable se vislumbran á la simple vista, y descubre el aparato telescópico egércitos de estrellas, pendientes de hilos de oro.

Quien suspendió esas lámparas inestinguibles? ¿quién colocó á tan inmensas distancias esos globos resplandecientes? ¿qué manos han fabricado esos mundos? ¿Quién hizo unas obras que el hombre solamente puede admirar? Si el ateo calla, ó delira, el sol, la luna, los planetas, los cometas y la innumerable multitud de las estrellas escriben con carácteres de fuego, y dicen en alta voz: *ipse fecit nos, et non ipsi nos.*

Existen grandes reuniones de aguas, que corren por hondos cauces, y forman abismos insondables; circuyen y asaltan los mares con estrepitosos empuges á innumerables archipiélagos; dilatánse espaciosos continentes que levantan hasta mas allá de las nubes sus encanecidas cabezas en continuadas cordilleras; brotan de sus fecundos senos torrentes, rios, y cataratas, derramándose en profundos valles. ¿Quién ha aglomerado tantas aguas? ¿quién á abierto tan anchos cauces? ¿quién ha sembrado tantas islas? ¿quién ha preparado los continentes? quién ha elevado las montañas? ¿quién ha hecho tantas obras, que el hombre solamente puede admirar? Si el ateo calla, ó delira; mares, islas, continentes, rios, y montañas escriben en grandes caràcteres el nombre de su hacedor, y en altas voces repiten: *ipse fecit nos, et non ipsi nos.*

Cubren la tierra millones de millones de vegetales, yerbas, plantas, árboles, desde el musgo y el limo hasta el cedro y el abeto; unos cuyas edades se cuentan por siglos, y otros que duran un solo dia; unos cuyas cimas se hunden en las nubes, y otros que se ocultan en las concavidades de la tierra; unos cargados de sabrosos frutos, otros que ostentan vistosos ramilletes de hermosísimas flores, y otros que esparcen olorosos efluvios, haciendo suaves y balsámicos los aires. ¿Quién fecundó el seno de la tierra para que produgese tanta variedad de vegetales? ¿Quién dió su dureza á la encina, y su gallarda estatura al pinabete, y sus aromas à la rosa, y sus matices á las flores? ¿Quién hizo estas obras con las que se recrea y utiliza el hombre? La observacion enseña, y la ciencia esplica su reproduccion y perpetuacion; pero ¿de donde trae su orígen la primera yerba, el primer arbusto,

el primer cedro, la flor primera? Si se responde, que la natural fecundidad de la tierra ayudada del agua, aire y calórico. ¿Quièn, volveremos á preguntar, preparó todo aquello que sirve á la germinacion, nutricion é incremento de los vegetales? Si á esta pregunta el ateo calla, ó delira; la tierra, el agua, el aire, el calórico, la yerba, el arbusto, el árbol uniformemente responden: *ipse fecit nos, et non ipsi nos.*

Surcan los mares especies conocidas y desconocidas de variados peces; hienden los aires innumerables aves que atraen nuestras miradas con los vivos colores de sus plumas, y encantan nuestros oidos con sus melodiosos é inimitables conciertos. Pasean los bosques manadas de cuadrùpedos, pueblan las campiñas laboriosos animales, serpentean por todas partes flexibles reptiles, habitan las piedras las plantas y los insectos otros insectos microscópicos. ¿Quién ha criado tantas criaturas vivientes? ¿quién ha engendrado tantos nadadores en las aguas, tantos cantores en el aire, tantos pobladores en la tierra? La observacion enseña y la ciencia esplica la reproduccion y conservacion de tan variadas especies; pero ¿de què seno salió el primer elefante, leon, caballo ó carnero? ¿Quién fecundó el primer huevo del primer mirto, paloma ó àguila? ¿de donde procede la primera ballena ó sardina? Si el ateo calla, ó delira; el pez asomando su cabeza por sobre las aguas del mar, el pájaro moviendo su delicada lenguecilla, el cuadrúpedo valando ó mugiendo, el reptil removiendo sus anillos, el insecto con suave ó aspero zumbido entonan acordes este armonioso càntico: *ipse fecit nos, et non ipsi nos.*

Hay un ser viviente que sobrepuja á todas las demas criaturas, que á todas las domina, que habita todos los climas, que à sus hermosas formas y recta posicion añade la inteligencia. Existe el hombre que sentado en magestuoso trono, recibe como Rey de la creacion el homenage de todos los demas seres sensibles; existe el mismo ateo; ¿quièn, quién es el autor del hombre? ¿quién ha fabricado su cuerpo? ¿ quièn ha encerrado en este cuerpo el pensamiento. ¿Cual es el orígen del mismo ateo? Si el ateo contesta, que sus padres lo han engendrado, y á estos otros y asi sucesivamente: pero ¿cuál es el autor del primer hombre, volveremos á preguntar? Si el ateo calla, ó delira; en nombre de todas las razas y de todos los hombres responderán Adan y Eva con este himno eucarìstico: *ipse fecit nos, et non ipsi nos.*

Si: Dios, Dios es el que nos ha hecho, y no nosotros á nosotros mismos. contestaràn acordes las criaturas todas. Si: existe el universo, existo yo, existe el ateo, existe el atomo; luego existe Dios: Sin Dios, ni el mas mínimo atomo podria existir. Si hubiera habido un momento sin la existencia de algun ser, ¿cómo hubiera podido existir despues ninguna sustancia? Si el ateo dice, que el mundo es eterno, cae en un absurdo bien ridículo: por no admitir un Dios criador, omnipotente, providentísimo è inteligente, admite tantos Dioses cuantos son los objetos que constituyen el universo: niega la existencia de un Dios criador, y se ve obligado á admitir la eternidad é inteligencia de la contingente é inerte materia.

Pero es solo el ateo, (si es que se dà alguno) el que no oye las elocuentes voces del universo, que canta las glorias de su hacedor; por que á estos unánimes gritos, se añade la unisona voz de todo el género humano.

Si: todos los pueblos han nombrado

é invocado á Dios, todos han creido la existencia de Dios, de este Ser, centro de todos los movimientos, vida de todas las vidas, principio de todo lo que es. Han podido algunos pueblos engañarse acerca de sus perfecciones y atributos; pero siempre han reconocido su existencia. Si este dogma brilla con mil esplendentes reflejos en todas las partes de la naturaleza, tambien está grabado á la cabeza de todos los pueblos. Visitad al género humano en su cuna, seguidlo á los diversos climas que ha habitado, ningun pais, ninguna nacion, ninguna familia se os olvide. De los pueblos civilizados pasad á las naciones bárbaras, penetrad hasta las tribus degeneradas que han plantado sus tiendas en medio de los abrasados arenales del Africa, ó hasta las hordas salvajes que andan errantes en las vastas sábanas del nuevo mundo; pasead todo lo ancho y lo largo de la tierra, subid á todas las viviendas de los hombres; en todas partes encontrareis, lo que veis aqui; el nombre de Dios cantado por todas las lenguas; altares levantados en honor de este gran Ser, el olor de los sacrificios que se le ofrecen al compas de los himnos que publican sus alabanzas, unidos al incienso de las oraciones que se elevan hacia su trono. Dad la vuelta al mundo; mas facil os será encontrar una ciudad edificada en el aire, que un pueblo sin la idea de Dios.

El hombre, pues, y el universo proclaman á porfia al Criador de todas las cosas, de tal suerte, que hasta la locura de los ateos, que osan oponerse à este doble testimonio, no es la menor prueba de la existencia de Dios.

A estos testimonios universales unamos el testimonio del genio mas poderoso de los tiempos modernos.

Cuando Napoleon se hallaba encadenado por la Oligarquía inglesa á la roca de Santa Helena, las conversaciones que tenia con algunos de sus amigos en aquella isla, eran sobre materias serias y de importancia; la guerra, la politica, y la religion eran asunto de frecuentes discusiones. Conferenciando un dia sobre la existencia de Dios con uno de sus generales, se espresaba asi: «Vos me preguntais qué es Dios? Pues bien, os lo diré, pero responded á vuestra vez: ¿còmo conoceis que un hombre tiene genio? habeis visto por ventura el genio? y sin embargo, creeis en él; es, por que se ve el efecto, del efecto se sube á la causa, se investiga, se encuentra, se afirma, se cree en ella, no es esto? Asi, cuando sobre el campo de batalla está ya empeñada la accion, si de repente se conoce que el plan de ataque está bien combinado por la prontitud y precision de las operaciones, todos admiran aquel plan, é istintamente esclaman todos: hé aí un hombre de genio! En lo mas fuerte de la pelea, cuando la victoria todavia està indecisa, por què vos el primero me buscabais con vuestras miradas? Si: vuestras voces me llamaban, y en todas direciones se oia un mismo grito: El Emperador! Sus òrdenes! ¿Qué significaba este grito? Este era el grito general del instinto, y de la creencia que se tenia en mi, en mi genio.

Pues bien; yo tambien tengo un instinto, una certeza, una creencia, un grito, que espontáneamente sale de mi alma: reflexiono, miro la naturaleza con todos sus fenómenos y digo: *Dios*. Admiro y esclamo: *hay un Dios*.

Mis victorias os hacen creer en mí; pues el universo me hace á mi creer en Dios.

Creo, por que veo, por que oigo, por que siento. Esos efectos maravi-

llosos de la omnipotencia divina, ¿no son realidades mas positivas y mas elocuentes que mis victorias? ¿Qué es la mas brillante de mis maniobras comparada con el movimiento de los astros?

Los efectos prueban la causa, y los efectos divinos me hacen creer en una causa divina. Si existe una causa divina, una razon soberana, un ser infinito; esta causa, es la causa de las causas, esta razon es la razon creatriz del genio é inteligencia. Existe un ser infinito, ante el cual, general Bertrand, vos no sois mas que un atomo, ante el cual, yo, Napoleon, soy casi nada, un pur nada. Yo lo siento, este Dios... Lo veo... Tengo necesidad de él.. Creo en él... Si vos ni lo veis, ni lo ois, tanto peor para vos.

A la elocuente demostracion del grande hombre, añadamos la sencilla pero perentoria demostracion de un niño.

Hace ya algunos años, que un jòven de provincia fué á París para terminar sus estudios. Como tantos otros tubo la desgracia de asociarse á malas compañías. Sus propias pasiones de acuerdo con los impíos discursos de sus camaradas, le hicieron olvidar las lecciones de su piadosa madre, y despreciar la religion. Llegò al estremo de desear y decir en su corazon como el insensato de quien habla el Profeta: *No hay Dios. Dios no es mas que una palabra.* Para decirlo de paso, asi comienza siempre la incredulidad: esta es una planta que no hecha raices sino en un corazon corrompido. Despues de haber habitado algunos años en la Capital, volvió el jóven al seno de su familia.

Hallábase un dia en una honrada casa, donde se reuniauna numerosa sociedad. Mientras los demàs se entretenian con las noticias, diversiones y conversaciones indiferentes, dos niñas de doce á trece años, leian juntas en un pequeño libro.

El jóven se aproxima á ellas y las dice: Señoritas, ¿qué novela es esa que con tanta atencion estais leyendo?—Caballero: nosotras no leemos novelas. —¡No leeis novelas! pues en ese caso, ¿qué libro es ese? La historia del *pueblo de Dios*.

—La historia del pueblo de Dios! ¡Con que tambien vosotras creeis que hay Dios.?

Sorprendidas con semejante pregunta se miran ruborizadas las dos niñas. Y vos Caballero, le dijo la mayor, no creeis que hay Dios?—En otro tiempo ya lo creia, pero desde que he vivido en París, estudiado la filosofia, las matemáticas y la polìtica, me he llegado á convencer que Dios no es mas que una palabra.—Pues por lo que á mi toca, caballero, ni he habitado en París, ni he estudiado la filosofia, ni las matemáticas, ni ninguna de esas cosas que vos sabeis; no conozco mas que mi catecismo: pero puesto que sois tan sábio, y afirmais que no hay Dios, tendreis la bondad de decirme de donde trae su orìgen un huevo?

La niña pronunció estas palabras en voz bastante alta, de modo que pudieron ser oidas de una parte de la sociedad. Al instante se aproximaron algunos para saber de que se trataba, à estos siguieron otros, todos en fin se reunieron al rededor de las niñas para asistir á la conversacion. Si: caballero, repitió la niña, puesto que decis que no hay Dios, gustais decirme de donde viene un huevo?—Bonita pregunta! un huevo viene de una gallina.—Y de donde sale una gallina? —La señorita lo sabe tambien como yo, una gallina ha salido de un hue-

vo.–Muy bien: pero cual de los dos ha existido el primero, el huevo ó la gallina?-Yo seguramente no se que es lo que quereis decir con vuestros huevos y gallinas; pero en fin, la gallina es la que ha existido primero.-Luego hay una gallina que no ha procedido de huevo.?–Ah, disimulad, señorita, no habia reflexionado, el huevo es el que ha existido primero —Luego hay un huevo que no ha salido de gallina alguna? responded, caballero.–Ah! si.. dispensad... es que... por que... bien veis...—Lo que yo veo, caballero, es que ignorais, si es el huevo el que ha existido antes que la gallina, ó la gallina antes que el huevo.–Vaya, pues digo que la gallina. Sea asi. Luego hay una gallina que no ha venido de huevo; decidme ahora, ¿quién ha creado esta gallina de la que han procedido todas las gallinas y todos los huevos?–Con vuestras gallinas y vuestros huevos, no parece sino que os proponeis hacerme pasar plaza de tonto.-Dispensad, caballero, solamente os ruego me digais de donde ha venido la madre de todas las gallinas.—Mas en fin..-Puesto caballero, que vos lo ignorais, permitidme, que yo os lo diga. El que ha criado la primera gallina ó el primer huevo, segun mas os agrade, es el mismo que ha criado el mundo, y este Ser criador es aquel à quien llamamos Dios. Como! caballero, sin Dios no podeis esplicar la existencia de un huevo ó de una gallina, y pretendeis sin Dios esplicar la existencia del universo! Caballero, existe un huevo, luego existe Dios. Asì concluyó la niña, y con aquella niña, con Napoleon, con todo el gènero humano concluimos nosotros: existe el universo, luego existe Dios; y el que no lo ve es ciego y sordo, ò està loco. O es uno de aquellos que tienen ojos, y no ven, tienen oidos y no oyen, ó es uno de aquellos *quibus non est intellectus.*

Seccion 2.ª

CULTO.

MUSICA RELIGIOSA.

§ V.

A que materias deben aplicarse.

De todos los géneros de mùsica de que hemos hablado en el número anterior ¿cuál será la aplicacion que debe hacerse segun nuestro canon fundamental?

Resueltamente afirmamos en primer lugar, que debe desterrarse en el canto religioso aquel último estilo abusivo de que ya dimos noticia; pues formado como es de cantinelas esencialmente libianas y apasionadas, y entretegido de reminiscencias teatrales, jamas podria despertar, al menos generalmente, sino ideas y afectos profanos. Podrá suceder, que alguna persona particular, que ignore las escenas profanas ya por singular predileccion de Dios, ya por educacion de unos padres cristianos, convierta en bien aun los caprichos de un canto voluptuoso, y los lánguidos acentos de todos los semitonos de la escala de un amante de teatro; de la misma manera que hay algunas almas santas para quienes todo es puro, por que ellas son puras, y que para prepararse á la meditacion podrán servirse de Metastasio, y que en cualquiera muger que ven saben recordar el semblante de una Virgen: pero no es este generalmente el efecto de tales objetos: asi, dejando las escepciones, asentamos por regla general, que jamas debe

usarse en los templos semejante género de música: de ningun modo podemos aprobar la costumbre de ciertos lugares, en los que para santificar aquellas cantinelas, se cree bastar el cambio de las palabras, sin advertir que entre mil que entonáran el cántico, apenas cincuenta dejaran de recordar el tipo lascivo.

Estas observaciones deben aplicarse igualmente á las sonatas de los organistas, y á las sinfonías de las orquestas, en las que es muy frecuente este abuso, estando ya prevenido el pueblo, que antes de la misa oirá ya la sinfonía de la norma, ya de Guillelmo Tell, ya de Juana de Arc. &c. prevencion seguramente que en nada puede conducir á levantar el corazon á Dios segun la intencion de la Iglesia; ni dudamos afirmar, que todas estas músicas son condenadas por el Concilio Tridentino en la sesion veinte y dos, que destierra de las iglesias cualquier canto cuyas palabras ó modulaciones no eleven el pensamiento hacia Dios.

Advertimos sin embargo, que cuando hablamos de modulaciones graves y ligeras, devotas ó profanas, tomamos estos epitetos en sentido, como decian los escolásticos, análogo: pues la gravedad y ligereza, la devocion y la profanidad son afecciones propiamente, no de las modulaciones, sino del ánimo que con aquellas modulaciones espresa las mismas afecciones. De esto se deduce una consecuencia importantìsima en los juicios que practicamente deben formarse acerca de esto: á saber: que es muy diverso al sentido de aquellas voces segun que los tiempos, la índole, la educacion y la costumbre hayan predispuesto el ánimo y el oido musical. Por lo que, ciertas cantinelas que parecieron profanas y ligeras cuando toda la música europea estaba encerrada en la melodía gregoriana, podrán decirse hoy graves y devotas. Toca pues á los sabios el determinar, qué impresiones sean mas apropósito para producir los efectos que desea la Iglesia.

Escluido todo lo que es absolutamente reprobable, por que no solamente en nada conduce á la piedad, sino es que la perjudica, examinémos los demas géneros de música que deben adoptarse segun las varias circunstancias en que se encuentran los fieles.

En primer lugar, cuando estos no solamente no se hallan preparados à unirse con Dios, sino enteramente engolfados ò en las ocupaciones ó en diversiones mundanas, oportunisíma serà la suavidad de acentos y hasta el ruido de muchos instrumentos para llamar su atencion, recordándoles la funcion á que los convida la Iglesia y la solemnidad que celebra: de esta manera en la ley antigua eran llamados á la oracion los hijos de la Sinagoga. Loables por lo mismo nos parecen aquellas bandas musicales, que suelen preceder á las procesiones solemnes, como para advertir de lejos al pueblo, que deje las ocupaciones terrenas y se prepare á un acto de piedad; por el contrario, en los dias de pùblicas calamidades, de compuncion y penitencia universal, como la cuaresma y rogaciones, importuna é inutil seria una música estrepitosa. Loables igualmente son aquellos oratorios en que la devocion de los hijos de San Felipe ingeniosamente llama y entretiene en las tardes de carnaval los ánimos de muchos fieles, mientras la multitud se derrama por calles y teatros remedando los espetáculos del paganismo. Loables son tambien aquellas sinfonias, que preceden á las sagradas funciones para convocar el pueblo; debiendo en estas observarse al-

guna diferencia entre las que se celebran antes ó despues del mediodia. Quien comprenda la reverencia que merece el místico sueño de una alma en el seno de Dios, conocerá tambien cuanto desdice el turbarlo con inútil estrépito de importuna sinfonía: sueño que se supone tienen los fieles cuando se preparan á recibir los sacramentos.

Tampoco debe ser estrepitosa la música cuando se adopta para levantar el corazon á Dios entre las ocupaciones domésticas, ó para tranquilizar el espíritu de la multitud, que se prepara para oir á un orador en el púlpito. En estas ocasiones, nadie desconoce, que es mucho mas conducente la música vocal que habla tambien al entendimiento, que no la instrumental que solo suena á los sentidos y á la fantasía. La misma música vocal ¡cuanto mas provechosa será cuando un motivo cantable la háce mas agradable y mas fácil de recordarse! El pueblo se empapa entonces de aquellas cantinelas, y á las cantinelas asocia los piadosos afectos significados por la palabra; y de vuelta á su casa, al taller, á la tienda y al campo, và cantando casi sin advertirlo, y la música se hace un continuo despertador de piedad y un magisterio de civilizacion y moral.

Hasta aquí hemos presentado la música bajo un aspecto sagrado sí, pero en un mundo mas terreno que celestial. Entremos ahora en el santuario donde la Iglesia nos convida á cantar (permìtasenos el término que la misma Iglesia nos pone en los labios) á cantar *oficialmente* en lengua eclesiástica las divinas alabanzas, á las que inmediatamente sucederà el tremendo sacrificio en que nuevamente se inmola el verbo humanado. ¿Con qué intencion pone la Iglesia en los labios principalmente del clero la palabra de los Agiografos, anunciatriz profética ó histórica del misterio de la redencion? ¿con qué intencion sino con la de que la mediten profundamente los fieles con el entendimiento, y saquen afectos que inflamen su voluntad? La primera condicion pues, impuesta à la música por la naturaleza misma de la institucion litugica es que el canto haga inteligibles, mas inteligibles las palabras; se canta, no para deleitar el sentido, sino para facilitar la inteligencia. Por lo que los padres tridentinos reprueban como se refiere en la historia del concilio, aquel estrepitoso acompañamiento instrumental que cubre y absorve las voces.

De tres maneras puede ser ayudada la inteligencia de las sagradas palabras por la música; á saber; ó con el prolongamiento de cada palabra lentamente pronunciada, ó con la repeticion de las mismas palabras, ó con el apoyo de modulaciones espresivas vocales ó instrumentales que faciliten la inteligencia con imágenes análogas.

Todos conocen, que los dos primeros modos son mas conducentes y eficaces al intento aun para la inteligencia de las ciencias naturales. Por esta razon, aquel gran maestro de ascetìsmo Ignacio de Loyola, recomienda en sus ejercicios espírituales estos dos modos. «pronunciad dice, lentamente cada palabra, ò volved á repetir muchas veces la frase entera, y sucederá que encontrareis nuevos y profundos sentidos, que ni siquiera sospechabais. Si al primero de estos dos modos se añade el número y la cadencia, se tendrá el tono coral, tanto mas meditable, cuanto es mas lento; si todavia se añade la variedad de las proporciones diatónicas, se obtendrá el canto grave ó llano. Estas dos maneras de canto, ordenadas primeramente á hacer contemporàneo el movimiento del

coro, son las mas á propòsito para facilitar la inteligencia del testo escritural, por que la lentitud con que se pronuncia, dá el tiempo suficiente para comprender bien cada palabra. El primer modo privado de melodía, tiene mas de ferial; y siendo en el segundo mas variadas y magestuosas las melodías, es mucho mas solemne. El coral, privado de atractivos, se adapta mejor á aquellas almas, que dadas á la vida contemplativa, necesitan menos de socorros sensibles; el canto firme, con la ayuda del coral, sirve muchísimo para que el entendimiento fije su atencion en el verbo divino. El primero es mas usado en el coro de los regulares de mas silencio, mas mortificados, mas solitarios, como Capuchinos, Camaldulenses &c. El segundo es mas ventajoso para las solemnidades del clero secular, en las que se supone mayor concurso de legos devotos, que suelen frecuentar, ò al menos solian, los divinos oficios, aun en los dias feriales.

No solamente la lentitud, y la exacta pronunciacion de las palabras, hace, que el canto llano sea espresion mas propia para la inteligencia. La gravedad misma del sistema diatònico, libre de las molicies de los semitonos y de las galanterìas, de las apoyaturas y capríchos, se adapta perfectamente á la imperturbable tranquilidad de una alma impasiblemente inspirada por sola la inteligencia; la cual, á semejanza de aquel Dios, á cuya imàgen fué creada, no siente por sí el movimiento de las pasiones. El ritmo, que en el canto llano casi se reduce al de la frase oratoria, de tal manera se separa de las medidas ordinarias, del movimiento musical, que no parece sino que uno sale del templo para rmontarse á la inmovil eternidad.

Estas propiedades del canto llano demuestran estéticamente lo que las almas piadosas sienten instintivamente; á saber; que ningun otro canto se acomoda mejor á las ordinarias funciones de la liturgia, frecuentadas por las almas devotas.

No asi en las fiestas, particularmente en las mas solemnes. En estas vemos que la Iglesia no solo añade melodías mas solemnes al canto llano, sino que permite el canto figurado y acompañamiento de instrumentos. Mas no por esto se ha mudado el principio general: y la Iglesia desea con los Padres del Concilio Tridentino que la modulacion del canto facilite la inteligencia de la palabra, à lo que incomparablemente conduce mejor la magestuosa lentitud del canto llano, llamado por Benedicto XIV *gravem decorum piumque cantum*.

¿Pero escluirémos por esto toda música, que con la ayuda del òrgano y otros instrumentos añadidos en una melodía ó armonìa espresiva, procura grabar mas vivamente el sentido del testo litúrgico? No permita el cielo que tomemos el oficio de Aristarco para condenar lo que no condena la Iglesia. Ateniéndonos à los juicios de esta, repetiremos con Benedicto XIV que el canto Gregoriano es mas agradable á las almas piadosas; repetiremos con el tridentino, que ningun católico podrá aprobar aquella música que con la molicie de las modulaciones profanas debilite ó distraiga; ò con el estrépito de los instrumentos absorva, ó con la confusion de la ejecucion afee la liturgia. Añadiremos, que la inclinacion del oido dispuesto siempre à escuchar el canto de la sirena, procurará naturalmente introducirlo en el templo, si la constante vigilancia de los sagrados pastores no se armase como Juan XXII de

aquel látigo con que el redentor arrojara á los profanadores del templo. Añadiremos, que la diferencia entre la música verdaderamente sagrada, y la no descaradamente profana está tan mal deslindada y envuelta en tal niebla de medias tintas, que apenas será posible formar una ley por la que se aseguren en la práctica las instrucciones de la Iglesia contra aquella tendencia profana. Por todas estas razones, no sería estraño llegase un dia, en que el canto llano para las funciones litúrgicas fuese impuesto como una ley por algun Pontífice.

No tememos, que nuestros lectores nos juzguen atrevidos por que suponemos tal mudanza de disciplina, si mudanza puede llamarse. Bien saben, que el caracter de las leyes disciplinares no es el de una inmutabilidad absoluta; como tambien que la tenacidad Farisaica en esta materia es un vicio propio de aquellas sectas que por heregía ò por cisma han perdido la unidad de amor, de obediencia y de fe. Asi vemos un Fociano jactarse de la inmutabilidad de su Iglesia, por que hasta el presente usa las capas pluviales en la misma forma que la usaban los Crisóstomos y Nacianceños: asi vemos en Alemania al pobre protestantismo arrepentido por haber abolido la misa, persuadirse, que sería restablecida, si los pastores y los fieles cantasen el Kirieleison antes del Oremos, y la Epístola y el Evangélio antes del ofertorio, creyendo que la poca devocion y corta asistencia al templo se origina del olvido de esta disciplina.

De otra manera obra la Iglesia católica. Tenacísima en cuanto à mantener la inmutabilidad del dogma que los protestantes dejan á la autoridad y exámen del espíritu privado, se atempera en los puntos disciplinares á la condicion de los tiempos, con tal que, la mudanza se reconozca proceder de la autoridad, no se exija (que sería error dogmático) como derecho de los fieles.

Verdad es, que la reverencia de la Iglesia para con la disciplina anterior, la obliga á ser sumamente discreta en los cambios de disciplina. Y asi, cuando nace algun abuso, emplea todos sus esfuerzos en corregirlo, sabiendo bien lo que ignoran los reformistas modernos, que la ley antigua venerada de los pueblos, aunque quizá imperfecta, es mas ventajosa, que otra ley mas perfecta, pero nueva y menos reverenciada. (1)

Pero cuando la Iglesia ha esperimentado que el abuso no cede, y el arrancarlo produciria peores resultados, entonces el custodio de la viña evangélica deja la podadera. Y asi vemos que ha obrado en mil ocasiones, de las cuales solamente citaremos la inmersion bautismal y la comunion de cáliz, ritos de mucha mayor importancia, antigüedad y solidez, que no el canto instrumental ò la armonía del contrapunto, introducida en las funciones eclesiásticas.

Mas en la condicion presente de las leyes canónicas, y estando à aquello que la naturaleza de las cosas nos dicta; tambien al acompañamiento instrumental y à las modulaciones agenas al canto Gregoriano podemos atribuir su parte de mérito en las funciones religiosas, particularmente en las muy solemnes, con tal que espresen el verdadero sentido del sagrado testo; imputando á defecto personal aquel delirar de tantos modernos, que transforman la Iglesia en un teatro, ya con la importunidad de la composicion,

(1) 1. V. S. Tom. 1, 2, q. XCVIII. á 2.

ya con la desvergonzada indecencia de la egecucion.

Es verdad que el ceremonial de los Obispos, publicado por órden de Benedicto XIV (lib. I cap. 28 N. 11), dispone, que al sonido del órgano ningun otro instrumento se añada, por lo que, el uso de la orquesta pareceria prohibido canónicamente hasta el presente. Pero la citada constitucion del mismo Pontífice pone claramente una limitacion á tal prescricion, aun cuando no sea mas que por costumbre contraria; porque si bien reprueba todo canto profano, no el del òrgano y otros instrumentos: *Musicus cantus, qui nunc in ecclessiis usu receptus est, et qui organi aliorumque instrumentorum harmoniæ conjungi solent, ita instituatur, ut nihil mundanum aut theatrale resonet.*

Veamos ahora las consecuencias prácticas que hemos querido deducir de cuanto hemos dicho.

Advertimos en primer lugar, que no es nuestra intencion decidir sobre la mayor ó menor perfeccion de la música moderna relativamente á la antigua, y canto Gregoriano; bien podrà ser aquella mas perfecta, de mas artificio, y mas agradable al oído, y ser menos conducente al fin que se propone la Iglesia. Mas arte, mas perfeccion, mas armonía percibimos nosotros en las oraciones de Ciceron, que en los escritos de algunos SS. PP., pero cuales serán mas oportunos para la instruccion y piedad de los catòlicos? Mas atractivo tienen las relaciones de los novelistas, que las consideraciones de los maestros de la vida espiritual; pero cuáles son mas ventajosas para la sana moral? Mas perfecta podrá ser en cuanto pintura la impúdica pintura de una Venus, que el retrato de una Virgen cristiana; pero cuàl será mas conducente á inspirar el pudor? Lo mismo decimos de la música. Sea la música de nuestros tiempos todo lo armoniosa que se quiera; pero en cuanto á elevar el corazon á Dios, con los Sumos Pontífices, con el Concilio Tridentino, con todo buen católico, preferimos el canto Gregoriano. Vamos ahora á las conclusiones prácticas.

1.ª Asi como hay pensamientos, palabras, acciones, pinturas, poesía, novelas, historias obscenas, hay tambien mùsica cínica y voluptuosa. Esta ni en los teatros, ni en los conciertos, ni en ninguna parte debiera permitirse. ¿Cuánto menos en las lecciones que se dan á la juventud? ¿qué vigilancia no deben tener los padres y madres de familia en un punto de tanta trascendencia? ¡Ah! las novelas que sin salir de su gabinete han leido algunas jóvenes, y las arias que han cantado, han corrompido algunos corazones. Atendida la fiebre de goces materiales, que todo se resiente de esta plaga, consideramos el piano como uno de los mas grandes tentadores. Y la música que acompañada de la virtud, es el noviciado del Cielo, segun la hermosa frase del eruditisimo Feijoó, se ha convertido para algunos en un aprendizage del infierno. Pero sobre todo, donde jamás debe tolerarse esta música voluptuosa es en los templos del Señor, en los que todo debe ser grave, todo magestuoso, todo debe infundir fervor y piedad.

2.ª Aunque en sí no sea voluptuosa alguna especie de música, si ha sido al principio destinada à los teatros, y en estos se han repetido sus cantadas, tampoco debe permitírsele la entrada en los templos; por que los oidos acostumbrados á escucharlas en las tablas ó salones, llevarán al espíritu todas las reminiscencias teatrales, y en lugar de dirigirse á Dios, se

dirigirán á los lugares recordados.

3.ª En las funciones ordinarias, el canto Gregoriano debe ser preferido á cualquier otra clase de música, como mas conducente al fin que se propone la Iglesia.

4.ª En los dias muy festivos, en los que es mayor la concurrencia, bien podrá hacerse uso de melodìas mas complicadas, de instrumentos armoniosos, siempre que las sonatas ó arias no hayan sido destinadas al teatro.

5.ª Los compositores deben esmerarse mucho en esta parte; procurando que sus composiciones espresen el espíritu religioso de que deben estar poseidos.

6.ª Los Cabildos y curas párrocos deben cuidar celosamente para que se cumpla lo prescrito por el Concilio Tridentino y Benedicto XIV, no permitiendo á los organistas y cantores la música profana y juguetona.

Si lo poco que hemos dicho contribuyese en algo á que nuestros lectores hagan mayor estima del canto Gregoriano, admirado tantos siglos por eminentes maestros, y á mejorar la mùsica de nuestras Iglesias, quedaremos contentos, secundando asi los esfuerzos de celosos católicos, que desde la reforma de la sagrada pintura, desean nazca el Owerbeck de la música sagrada.

Seccion 3.ª

—

Estudios filosófico-literarios.

La nueva Nigromancia.

Habiamos pensado abrir nuestro curso científico-literario, empezando por lo primero que aprende el hombre, á saber: por presentar, y ventilar algunos problemas sobre la palabra y los idiomas; pero como de algun tiempo à esta parte hacen tanto ruido las mesas giratorias, el magnetismo animal &c, hemos preferido tratar este asunto, para que nuestros lectores tengan noticia de este movimiento, y puedan formar juicio sobre unos fenòmenos que tanto han llamado la atencion en ambos mundos.

Ha ya ocho años que en la América se empezó à hablar de espíritus, y mesas giratorias, de golpes invisibles, de *medium*, de manifestaciones y portentos nigromànticos, nunca vistos ni oidos; y el entusiasmo que se despertò en todos los estados de la Union con motivo de esta imprevista aparicion fué tal y tan grande, que no sería tan grande, aunque se descubriese un mundo nuevo, y aunque realmente se rasgase un dia aquel velo impenetrable, que divide nuestro mundo visible del mundo invisible de los espìritus puros. De la América voló rápidamente la fama de aquellos fenómenos à nuestra Europa, y con ella la manìa de esperimentar las maravillas de esta moderna nigromancia, que con nuevos ritos, y con el magisterio de las artes parecia iba à sobrepujar los milagros de la antigua.

Este tráfico peregrino nos fuè importado por el vapor americano *Washington* en 1852, y en muy poco tiempo invadió la Alemania, la Francia, la Inglaterra, la Italia, penetrando tambien nuestra España. ¿Quién no recuerda la universal conmocion que en todos causò la repentina facultad, que desarrollaron las mesas de girar, y danzar, y el infinito charlar de los diarios y libros, las congeturas, los juicios, las opiniones de los doctos y los indoctos para esplicar los hechos

que estaban á la vista de todo el mundo? Mas aquel primer ardor no tardó en calmarse.

La cuestion de Oriente atrajo sobre sí la atencion pública, y toda la Europa, que al principio tenia fija su vista en los misterios y estraños bailes de las mesas, se dirigió bien pronto al gran teatro de la guerra y á los muros de Sebastopol, bajo los que se agitaban los sanguinarios bailes de Marte. Mas no por esto cesaron las mesas de hacer sus prodigios, y ocupar la curiosidad y la admiracion de las gentes, ya pública ya privadamente; y mucho menos cesó la polémica de las opiniones, y la guerra de los pareceres con respecto á la causa de los nuevos fenómenos. Continuaron y continùa, todavia tanto en América como en Europa, desenvolviéndose aquellos fenómenos desde su elemental principio que consistia en moverse una pequeña y ligera mesa, hasta la danza frenètica y violentos movimientos de pesadísimos moles, y desde el simple golpe dado á la ventura, hasta responder adivinando con sagacidad admirable los mas ocultos àrcanos, y dictando ó escribiendo con un lapiz fijo en un trípode respuestas semejantes á las de los antiguos oráculos. Ha sucedido con los fenómenos de los espìritus y de las mesas, que se conocen bajo el nombre de *espiritualismo americano,* lo que hace ya casi un siglo sucediò con el magnetismo animal, que tiene no pequeña afinidad con el reciente espiritualismo. Estos dos portentos de orìgen oculto, y de naturaleza anfibia, que no se sabe si participan mas de humano ó diabólico, despues de haber metido mucho ruido en su aparicion, se han hecho como domésticos; y habiendo adquirido la pacífica posesion de ciudadanìa, siguen haciendo sus pruebas con menos brillo y atractivo de novedad, pero no con menos actividad, y siempre con mayor perjuicio del que los escucha y sigue. Desde Mesmer no han faltado magnetizadores y magnetizados. Del mismo modo, desde que las señoritas Fox revelaron al mundo la loquacidad misteriosa de las mesas y de los espíritus, ni en América ni en Europa se ha cesado de interrogar á los espíritus y á las mesas. En América en donde con todo se comercia, gracias á la libertad, y al protestantismo, y las sectas religiosas hormiguean con una fecundidad portentosa, el espiritualismo ha llegado á ser una mina de riquezas y un ramo abundante de tràfico, en el que son muchos los que especulan; pero al mismo tiempo toma una forma religiosa; y de ella ha nacido la nueva secta de espiritualistas, que acrecentando ràpidamente los prosélitos quitados à las demas, y difundièndose por toda la Union, florece hoy mas que nunca, y tiene templos y reuniones, sacerdotes y sacerdotisas, fuera de los diarios y periódicos que son los heraldos del espiritualismo, y promulgan para edificacion de sus creyentes las maravillas del otro mundo, que los espìritus quieren revelar à sus dignos intermediarios. En Europa, si se esceptúa algun pais privilegiado, donde las mesas parlantes erigieron escuelas públicas de religion, y van adquiriendo nuevos adeptos, no han salido de los gabinetes ó salones que sirven de pasatiempo á los curiosos ó de estudio á los pensadores.

Sabiendo como sabemos, que en algunos puntos de Europa, las manifestaciones de los espíritus y mesas parlantes van adquiriendo nuevo prestigio, que muchas cabezas sufren vértigos perjudiciales, y que sus tendencias pueden ser mas funestas que lo que á primera vista podria parecer, y ultima-

mente no siendo estraño, que tambien quisiera introducirse en España, nos parece oportuno derramar alguna luz sobre esta materia tenebrosa, refiriendo primeramente los hechos, indagando despues entre las muchas y diversas esplicaciones que se han dado ó pueden darse, cual sea la mas probable ò verosimil, y deduciendo finalmente las consecuencias pràcticas que espontáneamente se infieren de las premisas. Pero en cuanto á los hechos, aunque es grande el nùmero de los que podriamos aducir, siendo como son muy semejantes, nos bastarà referir algunos de los mas relevantes y confirmados, que sirvan como de base á todo el discurso. Ni salimos fiadores de su verdad, sino en cuanto las personas y los libros de donde los sacamos, la merezcan. Creemos, que en esta materia se debe atribuir mucho á impostura, no poco á la codicia, y cierta parte à la credulidad pùblica. Pero si seria imprudencia el admitirlo todo sin exámen, juzgamos lo seria tambien el rechazarlo todo; máxime, cuando la cualidad de las personas que los atestiguan, son dignas de fé, cuales nos parecen las que vamos á nombrar.

Hechos referidos por el señor de Mirville.

El Marqués de Merville es conocido en toda Europa por dos escritos que ha publicado sobre los espìritus, uno en 1853 intitulado: *De los espíritus, y de sus manifestaciones fluidicas*, dirigido á la Academia de ciencias morales y políticas de Parìs; y otro en 1855, que tiene por título: *Cuestion de los espíritus, sus progresos en la ciencia, exámen de hechos nuevos, y de publicaciones importantes sobre las mesas, los espíritus, y el sobrenaturalismo.* Tanto el uno como el otro son dignos de leerse, ya por la sorprendente curiosidad de los hechos que en ellos se cuentan, ya por la gracia y brio del estilo condimentado con sales, y lleno de aquel *espíritu* que en Francia tanto contribuye á la buena fortuna de los libros. Á la vivacidad y elegancia de las formas, acompaña mucha solidez de doctrina, y mucho nervio en la polemica: al plantear y defender la tesis que forma la sustancia de sus dos volùmenes, procede tan franco y resuelto, que no admite la menor sombra de duda ó tergiversacion. Segun su dictámen, todos los fenòmenos de las mesas como los del magnetismo animal, son en último resultado cosa diábolica, y tienen por verdadera y principal causa los espìritus malignos, los cuales se sirven de fluidos magnéticos, eléctricos, nerveos, vitales, ó como se quieran llamar, como si fuesen unos instrumentos. *Inteligencias servidas de fluidos.* He aqui la fórmula en que Merville compendia toda su teoría. Si ha encontrado ardientes adversarios, no solo en los diarios, sino tambien en obras voluminosas, tuvo no obstante desde el princípio, y mucho mas con el progreso del tiempo y de los hechos, aprobadores numerosos, y autorizados, cuyos nombres y testimonios pueden leerse en las mas recientes de las dos obras de Mirville. El autor corrobora y confirma su asunto con tales argumentos, que aun cuando á primera vista pueda parecer estraño y absurdo á ciertos cerebros idólatras del naturalismo, les seria muy difícil combatirlo; sobre todo, comparando su sistema con las teorias propuestas por otros autores, como los de Gasparìn, Chebreut, Babinet, Faraday y otros físicos que se dedicaron á esplicar los hechos misteriosos, pero innegables de las mesas giratorias.

Nosotros, sin salir fiadores de todo

lo que Mirville refiere y enseña en sus obras, y sin anticipar aquí nuestro parecer con respecto al nudo capital de la cuestion, presentaremos algunos de los hechos mas notables, atribuyéndoles todos los caracteres de credibilidad y autenticidad que tienen en el autor, para que el lector pueda por sí mismo formar un buen juicio.

I. He aqui en primer lugar una sencilla escena de una mesa escribiente, sucedida en Leon, y referida por el señor Delorme, uno de los mas considerables de aquella Ciudad. ,,Cuando yo llegué, dice, á casa de la Señora.... que me habia convidado, ella y la Señorita D.... tenian ya las manos sobre el pequeño instrumento, y la Señora me dijo, que despues de la última reunion habia conseguido que el lapiz se moviese bajo sus manos. Las dos operatrices se quejaban del espíritu que escribía bajo su influencia, porque se negaba á decir su nombre, y en dos horas el lapiz no hacía mas que garabatos, y rayas.

Al instante que yo me presenté, el lapiz escribió estas palabras: *Yo os quiero dominar*. Como las dos Señoras no se quisiesen someter á su dominio, adoptaron toda la energía de su voluntad, para que el lapiz obedeciese à su pensamiento, pero el lapiz persistió en escribir: Os quiero dominar. Yo soy el mas fuerte. Soy mas fuerte que vosotras.

A peticion de las Señoras que tenian curiosidad, (y la curiosidad en las mugeres no está fuera de su lugar) de saber si mi influencia tendria mas eficacia, mandé al lapiz que escribiese el nombre del espíritu, y al momento leimos esta respuesta: *Yo soy la fuerza*. Entonces añadi: dinos si eres espíritu, ò fluido, y no nos escribas síno una de estas dos palabras: *espíritu ó fluido*. Aqui el lapiz se puso en movimiento rapidísimo, y escribió una frase larga.

No siendo suficiente el papel para toda la frase en una sola línea, el lapiz siempre que llegaba al estremo, á despecho de las Señoras, volvia á comenzar la frase hasta que, colocando sobre la mesa otra oja de papel blanco se pudo conseguir la frase entera que decía: *Yo soy el anillo, que une el mundo de los cuerpos con el de los espíritus*. Las Señoras nada comprendieron, y me rogaron le hiciese nuevas preguntas. Preguntèle las iniciales del nombre y apellido de una persona que hacía tiempo estaba ausente, con intencion de saber si todavia vivía, y si algun dia la volvería á ver. El lápiz declaró, que no escribiria respuesta alguna, escribió muchas veces que no debia ocuparse de esto; como las Señoras instasen obstinadamente y con toda su voluntad, el lápiz escribió ràpidamente: *me voy muy lejos de aqui, y me voy para siempre:* y desde aquel momento permaneció inmovil, y no señalaba sino rasgos sin nombre.

«Despues fuí convidado à una nueva sesion, pero lo reusè, porque decia en mi interior: lo que he visto es bastante claro, y positivo. En cuanto á los hechos, ya no puedo dudar de ellos, y el añadir otros, seria inútil, porque ó confirman los primeros, y no se aumentará mi conviccion, ó no los confirman, y no se debilitarán.

II. Mas caprichosos y estraños son los hechos narrados por el señor Saulicy, miembro del instituto de Francia, quien aun cuando al principio no daba crédito alguno á los portentos mágicos de las mesas, se vió obligado, por esperiencia propia, á ser testigo público y autorizado de ellos, y á buscar en un órden de ideas mas recóndito alguna esplicacion á fenómenos que ninguna ipotesis mecánica ó física

era suficiente á descifrar. Desde que comenzó á hacer esperimentos, no solo obtuvo los acostumbrados movimientos y bamboleos y golpes, y diálogos, y escrituras del lápiz en sus mesas, sino una variedad espantosa de manifestaciones inesperadas. Una maciza y pesada mesa de encina oprimida hacia la tierra por tres robustos y nervudos carpinteros, apenas recibió la órden que el señor Saulcy la dió, con la simple imposicion del índice de levantarse, saltó hácia arriba con tal ímpetu, que echó à tierra los tres carpinteros, y ella se rompió. Los muebles de la habitacion no solamente se movian, sino es que corrian tras de su dueño, tan bruscamente que se vió obligado á defenderse de ellos como de un enemigo. Uno de los instrumentos mas dóciles á las esperiencias era un baston de cibuk que el señor Saulcy habia traido del Oriente, hacia perfectamente de vara divinatoria para encontrar las cosas perdidas, y cuando dos de los consultores lo tomaban por sus estremidades, se movia con una fuerza y velocidad prodigiosas, arrastrándolos consigo, y llevándolos á donde estaban los objetos perdidos, que él indicaba golpeando sobre el sitio. Ni se contentaba solamente con adivinar: un dia, que dos muchachos se atrevieron á insultar á los que llevaban la vara fatidica, comenzó ésta á amenazarlos, y darles golpes tan fieros, que fué necesario arrojarla. Estos y otros muchos fenómenos continuaron por muchos meses en presencia de varios testigos, hasta que el señor Saulcy convencido, y espantado de la mala naturaleza de sus causas, rompió todo comercio con las mesas y los espíritus, y se abstubo y aconsejó á otros se abstubiesen de hacer nuevas esperiencias.

III. De Lion y Paris pasemos á Tolosa, donde encontraremos fenòmenos no menos extraordinarios que los precedentes. Quien los cuenta es el señor Benécet, director de la Gaceta de Langüedoc, hombre docto y discreto, y de recomendables prendas. Como el señor Saulcy, se habia mofado Benécet de las mesas, pero al fin no pudiendo negar la realidad de los hechos esperimentados por él mismo, publicó sobre esto un libro titulado: *De las mesas giratorias, y del panteismo*. París 1854. El primer fenómeno que conmovió fuertemente su incredulidad, fué ver rodar una pesada mesa con una ligereza y docilidad contrarias á la natural inercia de su gran mole. Siguieron despues los sabidos juegos de las mesillas y otros trastos, que se levantaban, daban golpes y escribian respondiendo y adivinando. Sucedieron despues otros movimientos mas estraños, tanto, que los muebles sin contacto ó imposicion de manos, al simple mandato se veian agitarse, trasladarse de un punto á otro, elevarse en los aires, volver à caer à tierra, no como si fuesen materia inerte, sino cuerpos vivos, y animados.

En los primeros dias de este nuevo fenómeno, así lo refiere Benécet, la mesita, para levantarse tenia necesidad de apoyarse en la pared ó en alguno de nosotros. Algunas veces la vimos suspensa dos ò tres minutos en el aire. Una tarde mientras estabamos conversando con el espíritu, y estando abiertas las ventanas, entró en la sala una mariposa nocturna. Cógela, le dijo uno, al espíritu; y al mismo instante empezó la mesa á moverse de acá para allá, siguiendo todos los movimientos de la mariposa, y dando saltos para atraparla; ni cesó el juego sino cuando cansados ya, cogimos la mariposa.

«Los consortes L... se sentaron un dia para comer, la mesa se agitaba li-

geramente como provocándolos à que la preguntasen, pero no hacian caso; al tercer dia, oyeron súbitamente un golpe fuerte dado por la mesa, sin que esta se moviese. Miráronse pasmados, y saliendo del comedor se retiraron á su gabinete; pero el ruido los seguia por todas partes; habiendo entrado se pusieron á leer sentados á lado de una mesita; cuando he aquí que se oyen muchos golpes, sintiéndose estos principalmente bajo la silla de la Señora L... bañándose los dedos en un vasito de agua bendita que estaba pròximo, roció con ella la silla; en aquel mismo momento se sintió mordido el dedo pulgar, y diò un grito, no pudiendo el marido adivinar cuàl fuera la causa de aquel grito; pero fue mayor su sorpresa, cuando sobre la carne amoratada é inflamada, vió la impresion de una doble fila de dientes; de allí á poco la muger lanzó otro grito, y llevándose la mano á la espalda, cayó desmayada. El marido, aunque miraba, nada veia, ni en el vestido se notaba rasgon alguno; mas descubriendo la espalda encontró como una contusion, y vió algunas gotas de sangre. Cuando volvió en si la Señora L... se sintió de nuevo morder en el antebrazo, y despues en los riñones aunque menos vivamente.»

IV. A estos casos añadiremos en compendio otros pocos.

En una casa de los contornos de Paris, en la que en Setiembre de 1853 se comenzó á hacer girar una mesa, siguió casi por dos años una infestacion continua de ruidos y prodigios, atestiguados por muchas y graves personas. Un piano gemia profundamente, una arpa sonaba por si misma, las campanillas de las puertas tocaban sin cesar, en todas las paredes se sentian recios golpes; los muebles y los cristales volaban por el aire, sin romperse, ó desaparecian de las habitaciones, estando cerradas las puertas; si alguno escribia en la mesa, por poco que descansase la pluma ó volviese á otra parte la cabeza, se encontraba acabada ò cambiada la letra comenzada: se oian gritos y voces en el aire, hablando en francés y en inglés; cuando los domésticos hacian sus oraciones comunes, respondian á cada frase parodiándola impíamente; por egemplo, en vez de *Padre nuestro que estás en los cielos*, repetian, *Padre nuestro Satanás*; en vez de *venga á nos tu reino*, tu reino no venga á nos &.

El Sr. Chevejiz Vicario de San Roque en Paris, puso á presencia de muchos testigos sobre un banco parlante una corona bendita, y despues un pequeño crucifijo: inmediatamente se desarrollaron en el banquillo movimientos y convulsiones violentas, como si intentase arrojar aquellos aborrecidos objetos. Al solo aproximarle el crucifijo, como para hacérselo besar, huia rápidamente hasta lo último de la habitacion.

A estos, puede añadirse el que dice haber visto y oido por si mismo el ilustre Abate Bautain, doctor en Teologia, derecho y medicina, y gran Vicario del Arzobispo de Paris: á saber; que preguntadas las mesas para que respondiesen abiertamente sobre la persona de Nuestro Señor Jesu-Cristo, se resistian obstinadamente; y que habiendo presentado á una cestilla animada por los espíritus el libro de los Evangelios, la vió retorcerse como una culebra.

Pero basten ya los casos referidos por Mirville, y acaecidos la mayor parte en Francia. Otros muchos semejantes podrian referirse sucedidos en Suiza, Alemania, Inglaterra, en

Italia, y sobre todo en la América, si no fuera superfluo á nuestro intento, y solamente nos propusiéramos satisfacer la curiosidad. Tambien creemos superfluo el estendernos en minuciosas y enojosas críticas con respecto á la autenticidad de cada uno de los hechos, cuando tales y tantos son los testimonios que de mil partes acordemente atestiguan los portentos de las mesas, que, si bien en esta ò aquella circunstancia haya podido haber error ó falacia, pero en cuanto á la sustancia y verdad general de los hechos mismos, no debe dudarse: esta duda seria hoy, no prudencia de hombre sábio, sino terquedad necia y pueril. Hé aquì la compendiosa enumeracion de las varias clases de fenómenos que se halla en la memoria presentada á fines del año 1853 al Congreso de los Estados Unidos por un considerable número de ciudadanos americanos, sacada del *Amigo de la Religion* en su número 24 de Enero de 1854. Se distinguen en ella las cuatro clases de fenòmenos siguientes.

1.ª *Fenómenos mecánicos.* La fuerza oculta que los produce, mueve, suspende ó cambia la posicion natural de muchos cuerpos pesados, contra las leyes conocidas de la naturaleza, sin que los sentidos del hombre hayan podido descubrir satisfactoriamente la causa aproximativa de tantos movimientos, verificados á vista y presencia de miles de testigos prudentes.

2.ª *Fenómenos luminosos.* Luces ó relámpagos de formas, y colores diferentes, que aparecen en lugares oscuros, donde no hay sustancia alguna capaz de producir luz ó fosforescencia, ni instrumento ò aparato productor de electricidad.

3.ª *Fenómenos acústicos.* Sonidos con frecuencia repetidos, golpes misteriosos; ruidos semejantes á los que se oyen en los obradores mecánicos, voces que imitan el silvido de los vientos, mugido de las olas, el crugido de las naves azotadas de la tempestad; detonaciones, semejantes al estampido del cañon, acompañadas de oscilaciones en los objetos circunstantes; sonidos armoniosos que imitan el canto de voces humanas, y con mas frecuencia el concierto de instrumentos musicales, de flauta, de tamboril, de trompeta, de guitarra, de arpa, ya unidos, ya separados; unas veces producidos sin que haya instrumento alguno, y otras escitados en los mismos instrumentos pero sin mano ó agente visible.

4.ª *Fenómenos fisiológicos.* El secreto poder que se manifiesta en todo lo que se ha dicho hasta aqui, suspende y perturba de mil maneras las funciones regulares de la facultad vital de los hombres, interrumpe las sensaciones, quita su movimiento á los miembros, y la circulacion à los fluidos animales, rebajando la temperatura del cuerpo ó de algunas de sus partes hasta la rigidez cadavérica; suspende la respiracion por horas y dias enteros, volviendo despues las facultades orgánicas y mentales á su curso normal. Suceden tambien alteraciones constantes, y enfermedades incurables; y en otros casos, mejorias repentinas, y curaciones radicales de defectos orgànicos, y enfermedades crónicas é inveteradas.

Estos fenómenos como la mayor parte de los que hemos referido, no esceden el órden material ó moral, sin que lleguen á la region mas sublime de la religion. Por lo tanto, antes de dar la esplicacion de estos hechos, haremos una reseña de las novedades y estravagancias religiosas que se originaron en Europa á causa de la in-

vasion de la Nigromancia americana.

Asi tendremos allanado el camino para aquellas investigaciones racionales, que puedan conducir á la solucion de los hechos no dudados ya, y que podrian ser muy perjudiciales á aquellos curiosos é incautos, que se dedican á esta clase de esperimentos. Como decíamos al principio, el asunto aun para la España es mas grave y serio de lo que aparece.

(Se continuará)

Seccion 4.ª

LECTURA RECREATIVA.

LORENZO Ó EL CONSCRITO.

Los preparativos.

A corta distancia del Palacio de Isabel se estiende hasta el mar un vallecito, que por el lado del monte áspero, y lleno de despeñaderos, forma como una espalda y cornisa al jardin, aumentando su magestad y elegancia, como á los cuadros el contraste de las sombras y de las luces; por que, por un lado el jardin encanta con la variedad de mil clases de flores, verduras, arbustos, y siempre verdes bosquecillos de laureles, y mirtos; y por otro, los peñascos son tan tenebrosos, ferruginosos, y amontonados, que espantan la vista de quien los mira pendientes y amenazadores. Hay uno sobre todo, tan separado de los demás, que el solo parece una torre cortada por el ímpetu de las aguas, mirando á estas con un ceño tan horrible y truculento, que atemoriza á los navegantes. Por la parte de tierra no se puede llegar á él sino por una falda aguda y cortante, que desde la cima hasta sus profundas raices se inclina rapidísimo y precipitado. Precisamente sobre la cresta de esta roca, como vimos en el primer artículo, los marineros, para proteger sus naves, erigieron la blanca estatua de María. En la altísima frente que mira al mar se ven dos cabernas que parecen los dos ojos de aquel enorme gigante. Dentro de estas cabernas hacen sus nidos y tienen seguro asilo las palomas silvestres, las cuales, tranquilas en este lugar solitario, y libres de la mano del hombre, y de las rapaces uñas del gavilan ó del milano, se reunen allí á millares, salen todas las mañanas á bandadas á buscar comida, hacen sus frecuentes vueltas para alimentar á sus hijuelos, y por la tarde descansan en los agugeros, de que está lleno aquel monte.

Pasando muchas veces por debajo de aquellos escollos el jóven Lorenzo y su hermana con el barquichuelo al ocultarse el Sol en las doradas aguas, se solazaban columpiándose en las encrespadas olas, y se entretenian en ver la vuelta de las palomas, que á bandaditas volaban al seguro asilo de sus amigas cuebas. Una tarde, Leonor estaba pálida y triste, y sin dirigir á su hermano aquellas dulces palabras, que tanto complacian á Lorenzo. Al ver Lorenzo este abatimiento de Leonor, dijo lleno de ansiedad á su hermana. —Leonor, que es lo que tienes hoy, que te veo tan triste y taciturna? Dímelo, hermana, te lo suplico encarecidamente. Qué novedad es esta?

—Oh Lorenzo mio! respondió Leonor; como de aqui adelante estaré ya alegre despues del decreto imperial, que prohibe á los nobles, si salen soldados, poner un sustituto; sino es que sin remedio deben marchar á la guerra, y esponer á cada instante su vida en las batallas? ¿Cuál es el pa-

dre, cuál es la madre, cuál es la hermana, que podrá disfrutar un momento, no digo de alegría, pero ni de tranquilidad ó sosiego? Has de saber, Lorenzo mio, que desde el dia que salió aquel mortal decreto, mi corazon està traspasado de un dolor agudo, y aunque hago esfuerzos por estar serena, interiormente llevo siempre la tempestad, que me conmueve; y dia y noche estoy llorando, sin tener un momento de sosiego. Mil temores turban mi sueño, presentanse delante de mis ojos mil fantasmas sanguinarios; me retiro à otra habitacion, y alli me siguen; procuro rechazarlos, y se me acercan mas; siempre estan alli, me miran, y se colocan en torno mio con aspecto horrible, y me representan à mi Lorenzo, ya con la cabeza herida, ya con los miembros rotos, ya atropellado y pisoteado de los caballos, ya muerto en la brecha, ya abandonado y moribundo en un foso, ya.....

—Pero que! Leonor, que delirio ó frenesí es ese? ¿por qué atormentarte tan cruelmente sin motivo? sabes tú, si yo saldré soldado? Precisamente por que es suerte, es cosa tan incierta: y tú la haces segura, y resuelta. La suerte de ella misma depende, es hija de la necesidad y del destino. Ahora pues, ¿por qué atormentarse por lo que es inevitable? Si me ha de caber la suerte de soldado, tus lágrimas no han de cambiar el número entre mis manos; y si no he de salir, no saldré; y tu lloras, y te afliges, y te angustias en vano. Leonor, la fortuna es la que rige y gobierna el mundo, y la fortuna es ciega, sorda y loca.

—Lorenzo, ¿Qué blasfemias pronuncian hoy tus labios? ¿no eres ya cristiano? No has aprendido en el catecismo, *que Dios es el que gobierna el mundo, que él dispone de todo con su infinita sabiduría en número, peso y medida,* que en su bondad inmensa dispone de los hombres con reverencia? No le decimos todos los dias humildemente: *Señor, mi suerte está en tus manos , ¿todo lo criado sirve á tus designios?* Dios mìo! ¿què es lo que hoy me sucede? qué es, hermano mío, lo que acabo de oir de tu priopia boca?

—Sin embargo, la fortuna existe; y ciega, loca y sorda, como te decia; ¿quién te parece á ti que la guìa? la casualidad; por que sino, ya no seria fortuna.

—Dalè con lo mismo, Lorenzo; tu te tienes por docto, y aun no sabes, que la fortuna es un nombre vano inventado por la necedad de los hombres, que no conociendo á Dios ni su Providencia, no quieren confesar su ignorancia, y han inventado un fantasma, una voz, á quien han llamado casualidad, fortuna, hado ó destino! ¡Ah Lorenzo, Lorenzo!, siempre lees aquellos impíos libros, que ofuscan tu entendimiento y depraban tu corazon,! y hablando asi la pobre Leonor, derramaba un llanto tan amargo, que conmovido Lorenzo la dijo:—Pues bien; tu, que eres tan buena, y piadosa, ruega al Señor por mi, y tranquilízate.

Entonces Leonor levantando los ojos á la imagen de María, que desde lo alto de aquella roca parecia como que la miraba, fijó su vista y su atencion en aquellas dos cabernas que habitaban las palomas, y asaltándole un pensamiento repentino, se volvió á Lorenzo diciendo.—Me amas hermano, me amas?—Vivisimamente, respondió Lorenzo, mas que á mi mismo.—Pues bien, añadió Leonor, me dejaràs contentísima, seré la criatura mas feliz del mundo, si me concedes la gracia que voy á pedirte.—Gracia! no tienes mas que indicarme tu deseo, y serás servida.

—De veras? Me lo prometes, Lorenzo mio? y decir esto, y tomarle la mano, y llevársela á su corazon que le latia como si fuese un martillo, y decirle, júramelo aqui, aqui sobre este corazon que tanto te ama, fuè todo una misma cosa.. Lorenzo enternecido, y llevado de su amor fraternal, sin considerar ninguna otra cosa.—Si: gritó con vehemencia; Si: Leonor, te lo juro.

Al oir Leonor estas palabras, vibró de sus ojos un rayo de suma alegria, y volviéndose al hermano, añadió.—Ves, Lorenzo, allá arriba aquellas dos cuebas; morada segura de tantas palomas? ¿Quién sabe cuanto pueden internarse aquellos agugeros? ¿Quién sabe si hay alli otros senos y reductos? ¿No eligirias tu por algun tiempo aquel asilo, guardándote asi para nuestros padres, y para tu Leonor, que moriria de pena, si salieras soldado, y marcharas á la guerra? Escucha: segun el juicio de los polìticos, las cosas del Emperador declinan rápidamente, y pronostican que la estrella del gran Capitan, como ellos dicen, palidece ya, y pronto se apagará. Pero cuanto mas desesperado fuere para él el caso, tanto mayores esfuerzos hará, y habrá nuevas levas; y se va susurrando, que la primera conscricion será de los diez y ocho á veinte y un años; por lo que, deberás entrar en suerte, y probablemente saldrás soldado, ¡ Oh Lorenzo mio! aunque hubieras de acuartelarte con las palomas algun tiempo, el amor que nos tienes ¿No te haria sufrir de buena gana la soledad y el fastidio?

—El amor, respondió Lorenzo, me haria sufrir esto y mas; pero no consideras tu que es muy dificil el llegar hasta aquellas bocas; y aun suponiendo que se venza esta dificultad, que es dificil el ocultarse por mucho tiempo á las pesquisas suspicaces de los Generales franceses ?

—Yo creo, que la entrada no es tan dificil como parece; se me figura, que podremos conseguirlo bajando con una soga, asegurada en la parte de arriba; y por el mismo medio podria introducirse una camita, y algunos otros muebles; en cuanto á la seguridad , tu sabes lo fiel que es nuestro Bautista; él bajará el primero, y te preparará todo lo necesario. Por lo que respecta à la comida, al principio te se proveerá de una buena porcion de vizcochos, de queso, de pernil, y de rico vino: despues, viniendo por la noche al pie de la roca, echando tu una cuerda, se ataria á ella una cesta, la subirias arriba, y metiéndola dentro, todas las noches tendrias alimentos frescos.

—El amor te hace ingeniosa, Leonor, pero quién es el que se arriesgaria á traerme las provisiones todas las noches ?

—Quièn ? Bautista y yo. Cuando el mar está en calma, no debes tener cuidado por mi, que ya sabes que soy valiente remera; si el mar està grueso, Bautista es tan animoso, y nervudo, que no teme las olas aunque fueran tan altas como montañas; la noche anterior, tu bajarías en la cesta los restos de la comida; despues saliendo por la portezuela de nuestro jardin, nos presentamos aquí al pie de la roca en pocos instantes. Ni hay peligro de ser vistos ò sorprendidos, porque remando entre peña y peña, este enorme escollo, como puedes observar, nos ocultaria á toda alma viviente. Nadie tiene que saberlo sino padre: madre, aunque prudentísima, y previsora, siempre es madre; y si supiese, que estabas escondido en aquellas cavernas, al anublarse el cielo, al encresparse los mares, en los frios del invierno, y en los calores del estío, siempre estaria temblando; por el contrario, si te cre-

yese refugiado en la Isla de Cerdeña, no dejaria de sentir tu ausencia, pero conociendo allí familiarmente á tantos Condes, Marqueses y Caballeros, viviria mas tranquila.

—Tu, Leonor, todo lo ves color de rosa; pero si yo me ausentase de casa, ¡cuántas desgracias ocasionaria mi fuga! Pues aunque padre se manifiesta tan obsequioso con los generales franceses, estos serian los primeros en enemistarlo con el Emperador, lo tendrian por desafecto á él, y quizá saquearian la casa, y aprisionarian á padre, como ya ha sucedido con alguna familia, cuyo hijo se ha fugado.

—Déjanos obrar: Dios nos ayudarà; y daremos tal colorido al asunto, que nadie nos moleste. Créeme á mi, que soy muger: el presente órden de cosas no puede ser muy duradero: el Papa está prisionero, y el que toca al Papa, pone la segur á sus pies, y trabaja en su propia ruina. ¡Pobre Pio VII! Me causa tanto dolor el verlo tan rigurosamente perseguido, que aun cuando tubiera mil bocas, no te lo podria esplicar.

—Oh! vosotras las mugeres, siempre las teneis con el Papa: el que tuerce un cabello á los Sacerdotes, ya es un jacobino, y vosotras dais el grito de alarma diciendo: he aqui la persecucion de la Iglesia, y amenazais con el diluvio universal. Si el Papa está detenido en Sabona, su por qué habrá: Qué sabeis de esto las mugeres?

—Que sabemos nosotras! ¿Lorenzo? Pues tu, que eres tan instruido, preguntaselo á la historia, y la historia te lo dirá, y la historia te hará ver como han caido los mas poderosos soberanos del mundo, aquellos conquistadores que con sus manos de hierro parecia querian volcar el globo.

—Vaya, bien: obra como te parezca: tràtalo con padre; te lo hé jurado, y no faltaré à mi palabra; y dicho esto, regresaron á casa.

Aquella misma tarde Leonor habló con su padre en un gabinete secreto, esponiéndole el arriesgado partido que habia tomado para salvar á Lorenzo. D. Juan pensó y reflexionò mucho sobre el peligro y dificultad de realizar aquella resolucion. Temia, que el frio y las humedades perjudicaran al jóven, que la soledad lo contristaria, que las furias del mar impedirian llevarle la comida necesaria, que le asaltaria alguna enfermedad.—Tristes de nosotros, decia, si Lorenzo llegase á enfermar, y no pudiera acercarse á la boca de la caverna! ¿quién lo animaria? ¿Quièn velarìa à su cabecera? ¿Quién le haria oir una palabra amiga? No: muera antes con gloria en las batallas, donde seguramente se distinguirá por su valor.

Pero Leonor impulsada por su amor fraternal, dijo tanto, tantas razones alegó, abogó por la causa de su cliente con argumentos tan fuertes, que el padre la respondió: hija mia, tu eres discreta; pero quizá no has reflexionado todavia sobre el modo de efectuar tu pensamiento.

—¡Oh! Si por esto es, dejadlo á mi cargo, padre: ya sabeis, que Bautista es hombre fiel; se arrojará al fuego por nosotros: ya he pensado los medios para conseguir nuestro fin; y si estos me salen fallidos, la Santísima Vírgen Maria me inspirará otros infalibles; por que estoy segura, que esta resolucion no ha salido de mi, ha sido sugerida por María, á quien ya hace mucho tiempo me encomiendo, y recomiendo este asunto; y al decir esto, se separó de su padre, y buscó á Bautista con quien habló largamente.

Lo mas dificil era la primera bajada

desde el monte para visitar la caverna, y ver si habia capacidad para colocar una cama, y algunos otros muebles: para esto eran necesarias cuando menos otras dos personas, y si se buscaban estraños, ya no podia guardarse el secreto: mas no por esto se desanimò la valiente Leonor, diciendo: que Lorenzo y ella lo bajarian facilmente: que no hay brazo mas vigoroso, que el brazo del amor, que la muger que ama es mas fuerte que un leon. Bautista la respondió.—Que aun cuando hubiera de morir despedazado, con tal que Lorenzo se salvase, nada temia; y diciendo esto, subió al almacen, cogió dos grandes rollos de sogas con una gruesa clavija de hierro de las naves, y las llevó al jardin.

A la media noche subieron los tres por el agudo peñascal; y habiendo llegado à la cima bajo el pedestal de la estatua de la Vírgen, fijaron la clavija entre dos enormes piedras, y ataron al anillo el cabo de la soga dándole muchas vueltas. Leonor arrodillándose al pie de la Vírgen, la dijo: piadosa Madre de Dios, que desde esa altura bendecis los mares, y protegeis à los navegantes, á Vos os recomiendo la salvacion de mi Lorenzo; bajo vuestra custodia se arriesga á bajar Bautista; bajo vuestra proteccion pongo á este hombre; y estoy cierta de que me habeis de dar fuerza para bajarlo y volverlo á subir sano y salvo, y á su tiempo tambien à mi hermano. Acabada esta súplica, ataron á Bautista, y poco á poco lo fueron bajando hasta que llegó á la caverna de las palomas.

Cuando Bautista se vió á la orilla, dió un tiron, y se arrojó con el pecho y con las manos, á un salidizo del umbral, y atando bien la soga, se metió dentro. Habia llevado consigo yesca, pedernal, eslabon, pajuelas con muchas candelas, encendió lumbre, y comenzó á andar lentamente. Pero al momento, que iluminó las paredes de la caverna, quedó asustado al oir un sacudimiento, unos gemidos y un murmullo profundo que aun mismo tiempo salia de todas las hendiduras y agugeros de aquella honda cueva. Parose un poco, mirò al rededor, y vió que eran las palomas machos, que se conmovian al repentino resplandor de la luz, y gemìan por sus crias y dulces compañeras. Entonces, pasado el primer susto, recorrió todas las revueltas de la caverna, se informó de su anchura, de su profundidad, y de sus recodos; volvió á tomar la soga y dándose muchas vueltas á la cintura, diò un tiron para avisar á Lorenzo y Leonor, que ya podian subirlo.

Mas ¿quién podrá describir el temblor que de él se apoderó, cuando llegando al estremo de la orilla, se vió bajo aquel altísimo abismo, y reflexionó que debia estar colgado en el aire sin otro apoyo que el [de la soga confiada á unas manos tan débiles? Se le erizaron los cabellos , arrugósele la carne, volvió la vista hacia la caverna, y cuando conociò que tiraban, hizo la señal de la cruz y fervorosamente se encomendó á la Virgen. Llegó por fin arriba; y cuando ya se vió seguro, dió gracias á Maria; y algun tanto reparado, describió à sus jóvenes amos la condicion de la cueva; díjoles, que le parecía internarse bastante, que en cierto punto habia como una habitacion mas espaciosa, que en este lugar no penetra la humedad del mar, que por algunas hendiduras entraba la luz del Sol, y lo que era mas, que bien podria encenderse fuego sin temor de que fuese observado; noticias muy agradables á Lorenzo, que pensaba leer y escribir mucho en aquella soledad.

No fueron á Don Juan menos agra-

dables estas nuevas; asi es que dió sus órdenes para que todo estubiese dispuesto, y se llevase al jardin todo lo que se habia de conducir á la caverna. Una noche, con la ayuda de D. Juan, de Lorenzo y Leonor volvió á bajar Bautista atado á la soga, y despues los caballetes de hierro, las tablas de la cama, las sábanas, y todo lo demas que era necesario. Lorenzo por su parte, reuniò otras noches en la boca á que habia descendido Bautista un baul de libros, papel, tintero, y plumas con dos hermosos telescopios, uno celeste, y otro marino, lapiz, colores, y pinceles: pero sobre todo un barril de aceite para la luz, y carbon para hacer fuego en un caldero de cobre.

Leonor habia pensado en otras mil cosas de conveniencia, hilo y seda, pañuelos, vasitos de té, leche y conserva; botellas de aguardiente y ricos vinos de España, Grecia y Francia; bizcocho, chocolate, perniles, frutas secas, toda clase de confituría, de suerte, que la cueva de las palomas se parecia á una despensa de navío que se abastece para las navegaciones de las Filipinas.

Eran ya los últimos dias de Abril, y la primavera alegraba la tierra y el mar. Leonor temblando por el futuro peligro de su hermano, que se aproximaba á la edad de la conscricion, no cesaba de instar á su padre para que proveyese á la seguridad de Lorenzo, y le permitiese bajar á la inaccesible roca de aquel antro; y tan determinada la hacia el amor, que se arrojaba muchas veces á los pies de su padre, y abrazàndole las rodillas, y llorando, le suplicaba que tambien á ella le permitiese bajar una vez á visitar la caverna; pero D. Juan no se lo consintiò, diciendo, que al verse pendiente en el aire, acaso se desmayaría; lo que Leonor sentia mucho, y hubiera deseado tener alas como las palomas, para volar á aquel asilo; y preparar la estancia á su hermano.

D. Juan no podia resolverse á ello; y entretenia á su hija, diciendo: mañana hablaremos, mañana veremos, mañana obraremos, mañana se harà, y estaba triste, taciturno, y pensativo.

La esposa, que observó aquel cambio, estaba afligida, preguntaba, espiaba; un dia llamando à solas á Leonor la dijo:

—Hija mia: alguna desventura nos amenaza; yo veo á tu padre agitado, suspirando frecuentemente, y siempre pensativo; entra, sale de la habitacion, repentinamente vuelve atras, como si temiese ser sorprendido; se para, se abandona sobre el sofá, golpeándose la frente como para auyentar algun pensamiento, que continuamente lo persiguiese: seguramente que él tiene alguna pena misteriosa, que lo atormenta, y tu debes saberlo todo; por que yo te veo hablar muchas veces con él, y os encerrais en el cuarto de estudio, y los dos salis pálidos y meditabundos; conozco que tu has llorado mucho; ¿quiere acaso casarte contra la inclinacion de tu corazon? ¿Amas à alguno? Díselo á tu madre, manifiéstate, confíate á tu madre.

—No, madre, respondió la jóven; yo no amo sino à Lorenzo; ni padre me ha hablado de casamiento: yo procuro consolarlo, y no lo puedo conseguir. Mi pobre padre no cesa de pensar que Lorenzo está ya para cumplir veinte años, y que cumplidos estos, tiene que sufrir la suerte de la conscricion, y sabeis que el último decreto del Emperador prohibe los sustitutos; podeis pues considerar, si con estas crueles guerras en las que muere la flor de la juventud italiana, podrán los padres abrigar esperanza de volver á

ver á sus hijos en el seno de las familias. Verlos marchar, y muertos, es una cosa misma.

—Tambien yo, hija mia, estoy llena de pena y dolor por Lorenzo; pero no desespero; tu padre que es todo un frances, que tantos obsequios hace à los generales franceses, ¿no hallarà algun medio de salvarlo? Con alguna cantidad de oro, que se les prometa, estos generales sabran hacer milagros; y si es por dinero, tu padre, hija, se lo dará á manos llenas.

—No madre, no os hagais ilusiones; ya sabeis, que D. Gerónimo tiene mucho dinero, y sin embargo su hijo ha tenido que marchar con los demas á París. Yo he pensado otra cosa; y si mi padre fuese un hombre resuelto, tengo esperanza de salvar á Lorenzo.
—¿Que has pensado hija? Dímelo.

—Que busque y pague seis robustos marineros, que lo lleven á la isla de Cerdeña; y alli si que estarà seguro: ¡Que vaya Napoleon á echarle alli la mano!

—Dices la verdad, Leonor, no me habia ocurrido; yo hablàré á tu padre como que sale de mi; y si Juan aprueba este proyecto, revolverá cielo y tierra para efectuarlo; creemelo, que yo conozco bien á tu padre.

Asi Leonor, por no angustiar mas à su madre, ni arriesgar la empresa de la caverna, iba engañando el corazon materno, haciéndola creer que el hijo huirìa à Cerdeña, donde habia tantos Señores à quienes ella conocia.

Entretanto D. Juan tenia otros pensamientos. El Sumo Pontìfice Pio VII estaba sacrílegamente detenido en Sabona hacía ya cuatro años, y separado de los Cardenales y sus Prelados para que no pudiese regir y gobernar la Iglesia de Dios. Al principio vivia tranquilo en el palacio del Marqués Sansoni, hombre de bien y piadoso, y entonces síndico de la ciudad. Alli recibia al beso del pie el Papa á los patricios genoveses, que venian con sus mugeres y familias para recibir la bendicion del Vicario de Jesucristo.

Mas asi como los mas devotos, con este pretesto le comunicaban los graves negocios de la Iglesia para obtener la sancion pontificia, de la misma manera, el celoso Conquistador habia encerrado despues al Papa en el palacio episcopal, sin permitirle ver á nadie, ni escribir ò comunicarse con los de Roma. El Santo Gerarca sufria lo que no es decible, por que en tan deshecha tormenta no podia guiar la barquilla de San Pedro.

Don Juan en aquellos dias angustiosos volvió los ojos al Vicario de Jesu-Cristo, y andaba buscando modo de besarle el pie, consultarlo, oir sus consejos y recibir la bendicion para sí y para su hijo; seguro de que, si la obtenia, saldria bien el proyecto. Un dia con el pretesto de visitar los generales franceses amigos suyos, montó á caballo, y llegó á Sabona. Visitó al Prefecto imperial, antiguo conocido, y consiguió de èste el permiso de ver al Papa, aunque por pocos momentos. Arrodillose humildemente D. Juan á los pies de S. S. y con lágrimas en los ojos le contó el apuro en que se hallaba su hijo, el temor que tenia por los resultados de su fuga, y le suplicó lo animase con la bendicion apostólica.

Pio VII que era tan amable y benigno, compadeciéndose de D. Juan, lo consoló con lisongeras palabras, animándolo á confiar en la divina misericordia, le dió afectuosisimamente la bendicion, la estendió à Lorenzo y toda la familia; y D. Juan volvió à casa contento y gozoso; dando gracias á Dios por tan grande beneficio. Leonor notó el cambio de su padre, y no podia

adivinar la causa que habia hecho desaparecer la honda tristeza, que los dias anteriores lo tenia tan sombrio. Pero su esposa, que espiaba la ocasion oportuna para proponerle el viaje de Cerdeña, viendo la frente de su marido mas serena, le habló largamente sobre este plan, demostrándole, que este era el mejor partido que se podia tomar.

D. Juan fingiò parecerle bien, y la prometió, que muy pronto trataría de realizar la delicada empresa; pero que ella por su parte se portase de modo, que ni los niños, y menos los criados llegasen á sospechar nada; que en el entretanto podia escribir en secreto algunas cartas, para que Lorenzo no sorprendiese al Marqués de Villahermosa, y al de San Saturnino. La buena Marquesa quedó gozosa, y escribió cortas pero espresivas cartas que guardó en su escritorio, con el fin de entregárselas á Lorenzo cuando hubiese de ponerse en camino.

En aquellos mismos dias vinieron á casa de D. Juan algunos Generales franceses.

Retardándose una noche la cena, y continuando el juego de costumbre, dijo en alta voz á su muger.—En suma, Nicolasa, ya se va haciendo tarde, y Lorenzo no vuelve de Génova; no creo que por él deban incomodarse estos Señores; asi, que pongan la mesa, que ya es hora.

—Como gusteis, respondió la muger.—Don Juan salió, y volvió à entrar, diciendo: Señores la sopa está sobre la mesa.—Se levantaron todos; un General ofreció el brazo á la Marquesa, otro à Leonor, y algunos Coroneles acompañando á Don Juan entraron en el comedor. Sentados á la mesa, oyéronse algunos truenos, que hicieron saltar á la Marquesa, la que segun tenia de costumbre, á cada detonacion hacía la señal de la cruz; chanceándose tontamente un General, la dijo:—Marquesa, ese es un nuevo para-rayos, que no conoció Franklin.—Mejor hubiera sido para él, replicó la Marquesa, conocer la divina virtud de la cruz, que no la naturaleza de una punta metàlica; porque asi hubiera procurado mejor por su fama, y lo que es mas, por la salud de su alma. El General que sabia que la Marquesa era muy susceptible en materias religiosas, mudó de conversacion, diciendo:—Marquesa, vuestro hijo viene à caballo ó por mar?—Creo que por mar, respondiò; y no quisiera que esta borrasca del Cielo causase otra en el mar, pues aunque Lorenzo tiene una buena tartana marina, y ocho robustos remeros, el paso del embocadero de Voltri siempre es dificil y peligroso.—Y volviéndose à un criado, le dijo.—Dí á Bautista, que por el jardin baje á la playa, pues ya no debe tardar en llegar la tartana.

Salió el criado, y despues de un cuarto de hora volviò diciendo; que en aquel momento acababa de llegar el barquito; pero que Onofrio habia dicho, que el Señor Lorenzo no venia. —Como que no? esclamó la Marquesa, que verdaderamente creia habia ido á Gènova para visitar á sus parientes antes de embarcarse para Cerdeña.—O Juan! añadió; ¿no nos prometió Lorenzo que su ausencia solo sería de tres dias? pues como no viene? Me temo que estè malo, por que ya hace dias que no tenia buen semblante.

—Vosotras las mugeres, contestó D. Juan, siempre pensais lo peor.

Todos los comensales procuraban consolarla. Don Juan los interrumpió diciendo.—Si los marineros están en tierra, el timonero Perico tardará poco en informarnos de los motivos

que lo detienen en Génova; pero ya veràs, Nicolasa, como habrà querido aguardar á su primo Marcelo que le habia prometido venir á vernos.—Con estas palabras se calmò la Marquesa, y no sabia la pobre, que este era un piadoso engaño de Leonor de acuerdo con su padre, cuyo intento era que tambien los Generales franceses cayeran en aquel engaño, para que esparciesen por todas partes la falsa noticia.

Mientras se entretenìan en esto, entró un sirviente diciendo, que Perico le habia dado una carta del Señor Lorenzo —Tráela aqui, dijo con viveza la marquesa; Juan, perdona, voy à leerla yo, por que nosotras las madres queremos ver las cosas con nuestros mismos ojos.—Y nosotros los padres replicó el marido, ¿tendremos al menos el derecho de oirlas con nuestros oidos? lee, pues, en alta voz, para que Leonor no se consuma, y la devore con sus ojos.

Entonces la Marquesa leyó:—Carísimos padres.—Estando ya para volver á vuestro lado, me encontrè con Marcelo, que me dijo. —En este mismo dia tengo que ir por un negocio de interès al golfo de Spezia: à la noche llegaré á Rapallo; mañana dormiré en mi granja de Sestri, el jueves estaré en Spezia: soy solo, y caminando sin que alguno me haga compañía, me muero de fastidio: ¿quieres tú, Lorenzo acompañarme? Si: ven conmigo; te lo suplico por nuestra estrecha amistad.—¿Qué habia de hacer? me dejé vencer de la tentacion, y hoy despues del medio dia tomaremos asiento. No os sabré decir cuanto nos detendremos en Spezia. A Dios madre; dad por mi un beso à Leonor.

¡Oh! dijo la Marquesa; sin nuestra licencia eh! Lorenzo jamás ha obrado tan arbitrariamente, y no quisiera que ese Marcelo me lo echase á perder: ¡A Spezia! y con tantos peligros y por tan horribles precipicios, dos jóvenes solos é inespertos! O desgraciadas madres! cria, cria á los hijos para que queden despedazados en un barranco! y la pobre Señora lloraba amargamente.

Entonces uno de los Generales como si entrase en sospecha, Marquesa, dijo ¿qué edad tiene ese Marcelo?

El mismo tiempo que mi Lorenzo, respondiò la Marquesa.

—Señores, repuso el General amostazado, se conoce que el negocio importante que llama al tal Marcelo á Spezia será de fugarse á bordo de algun navio ingles para sustraerse à la conscricion: pero, ¡viva el Emperador! faltará mi nombre si yo...

—¿Qué decís General, que jurais? dijo la pobre madre. ¡Dios mio! ¿Quereis prender á Lorenzo?—Y al pronunciar estas palabras se apoderò de ella un temblor general, y cayó hácia atras como muerta. Leonor diò un grito, y corrió á sostener á su madre; D. Juan asustado llamò á los criados, que apresuradamente vinieron y llenaron el comedor de tumulto y confusion. Pero los Generales retirándose à sus habitaciones, despacharon un correo á Génova para notificar al gobernador la fuga de dos jóvenes al golfo de Spezia.

(Se continuará.)

MAXIMAS PARA LOS NIÑOS.

Nada es mas importante para una nacion, que la buena educacion de la juventud.

Asi como no es tan ùtil el leer muchos libros, sino que estos sean bue-

nos, tampoco será mas feliz aquel Estado que tenga muchos ciudadanos, sino que estos sean buenos, y no formándolos la naturaleza, la educacion es la que los ha de formar; por esto decia Leibnit, que bien pronto se reformaria el mundo, si se reformase la educacion de la juventud.

Vió Crates un dia á un niño que se estaba paseando solo; ¿qué haces? le preguntó: *Me divierto*, respondió, *conmigo mismo; cuidado, hijo mio*, le dijo el filósofo, no sea que estés hablando *con un mal hombre*. Un joven que quiere gobernarse asi mismo, es un ciego que guia á otro ciego.

Regularmente hablando, los niños son lo que se quiere que sean. El mejor entendimiento se embrutece sino se cultiva; por el contrario, no hay carácter tan duro, que no pueda suavizarse con una buena educacion, y hacerse útil á la sociedad.

El principal cuidado de un padre de familias debe ser la buena educacion de sus hijos. Si el tumulto de las pasiones suspende por algun tiempo el efecto de las primeras impresiones, casi siempre vuelven á producirle en una edad mas avanzada: pero cuidado con no dar á vuestros hijos cierta educacion de niñerias, de etiquetas y vagatelas que se enseñan en las ciudades populosas, donde se instruyen los niños al modo que se crian los papagayos. Educad hombres, padres de familia, y sacareis ciudadanos. Sus virtudes serán vuestra gloria, como sus vicios vuestra confusion, por que regularmente se juzga de los padres por los hijos.

Padres de familia, no se oiga jamás en vuestras casas una palabra deshonesta; no se vea en vosotros accion que no sea decente. Es preciso mirar á los niños y obrar delante de ellos con mucha circunspeccion. Detengaos la inocente edad de vuestros hijos en el punto mismo que vais á precipitaros en el desórden. Padres de familia, esta leccion os da un pagano!

Es largo y penoso el camino que conduce á la virtud por el precepto, breve y seguro por el egemplo. El hombre generalmente se gobierna por los ojos; vive, como ve vivir; es sabio con los sabios, libertino con los libertinos.

Vió cierto dia un lobo, que unos pastores estaban en su cabaña comiendo una oveja; se acercó á ellos, y les dijo: ¡Oh que alboroto no habria en la aldea, si yo hubiera hecho lo mismo! Esta fábula advierte á los padres el cuidado que deben tener de su conducta delante de los hijos.

Padres de familia: buscad para vuestros hijos unos maestros cuya vida sea irreprensible, cuyas costumbres sean puras, y cuya instruccion sea poco comun. No hay animal mas dificil de gobernar que el hombre; es necesario ilustrar su entendimiento; pero mucho mas su corazon, y el buen egemplo contribuye á este fin mas que los preceptos.

Felices los niños, que tienen á la vista padres y abuelos recomendables por su virtud! Estos son preciosos libros de moral en los que nunca dejarán de aprender.

Es muy conveniente poner á la vista de los niños la infamia en que por su mala conducta han caido las personas que ellos conocen. Esta pintu-

ra los detiene algunas veces á la orilla misma del precipicio, al modo que la muerte de un vecino hace impresion en el espíritu de los enfermos desarreglados, obligándolos el temor de morir á dejarse gobernar.

Tres cosas reclama la educacion religiosa y social de los niños: inclinados al mal desde la cuna, necesitan un guia que los arrastre con sus egemplos por el camino de la virtud. Siendo ignorantes, tienen una secreta predileccion al error, y necesitan un maestro que les enseñe la verdad. Dominados de la concupiscencia, demandan un cordial eficaz que apague el ardor de las pasiones.

La leccion del buen egemplo y una buena disciplina, son la base de la educacion de la juventud: el amor del deber, los hábitos virtuosos deben preceder y acompañar al desarrollo de su inteligencia. Si en manos de la juventud se coloca la antorcha de la ciencia, sin haber preparado su corazon con sanas ideas morales y religiosas, la ciencia en sus manos no será mas que una tea incendiaria.

El corazon corrompido, no gusta sino de la ciencia de lo malo: ingertar el saber en el vicio, es dar á este un poder desastroso; no son tan temibles cien malvados ignorantes fugados de presidio, como dos estudiantes perversos dotados de la llama del genio.

Es indudable que el niño trae en su seno el germen de todos los vicios: es soberbio, envidioso, vengativo, sensual, iracundo. Si en lugar de refrenar estas malas inclinaciones se fortifican con el hábito, se harán incorregibles: lo que importa es reprimir estas pasiones, educar su corazon antes que su inteligencia, grabar en él el amor á la virtud, y el odio à los vicios: apartarlos de las malas compañias; inspirarles el respeto á la religion, no permitirles la lectura de novelas obscenas, ni la de libros impíos.

Seccion 5.ª

REVISTA CONTEMPORANEA.

Escritos los dos artículos sobre la mùsica religiosa, hemos recibido las noticias siguientes: La autoridad eclesiástica de Roma, acaba de tomar varias disposiciones relativas al servicio musical del templo. En adelante no se podrá tocar ninguna pieza instrumental en las Iglesias del Orbe, sin prévia autorizacion: el bombo, timbales y otros instrumentos ruidosos no se podrán usar en la casa de Dios, y toda la música que se egecute en el templo, deberá distinguirse por su estilo severo.

Los organistas en particular no podrán tocar ninguna clase de música, tomada de las óperas.

Estas disposiciones, como se vé, prueban la oportunidad con que hemos tratado de la mùsica religiosa: en vista de ellas, y de los fundamentos en que se apoyan, y que pueden verse en los dos citados artículos, esperamos que se desterrarán de nuestras Iglesias aquellos modos impropios del culto católico, que, merced al prurito de la novedad, habian llegado á introducirse.

En Utrecht se ha formado entre los protestantes una asociacion, que es una verdadera comedia. En la primera reunion no se pudo establecer otra

cosa sino es que era muy interesante una union protestante. En la segunda, no pudieron ponerse de acuerdo sobre el nombre que se habia de dar á aquella union. Despues de mucho charlar, y duras disputas, se contentaron con la fórmula siguiente. Existe en Neerlandia una asociacion de protestantes, que para significar la naturaleza de su objeto, se titulará: Union protestante Neerlandesa. El bautismo de la union, es decir, el nombre con que se habia de reconocer, se dilató hasta otro año. Sin embargo, convinieron en estos tres principios: 1.° La caridad y la virtud heróica no puede ser fruto sino de la fé en Jesucristo (no se dice, si es Dios ó no) 2.° La profesion de la verdad es un caso de conciencia, y no puede mantenerse sino por el camino de la libertad. 3.° La Biblia es la fuente y el único criterio de la verdad cristiana. ¡Cuanta prudencia y circunspeccion! Y no obstante, no fué suficiente esta prudencia; por que lo poco que ha hecho la asociacion, ha suscitado clamores en todas partes, y por todas partes se dice, que la asociacion se ha vendido, que no trata sino de seducir, destruir, é introducir la confusion, en lugar de unir.

¡Pobres! Cuando querrán abrir los ojos, para comprender, que sin una autoridad legítima, es imposible la unidad y la concordia!

Los católicos de Colonia en Prusia, no habiendo podido hasta el presente honrar á la Vírgen con un monumento público, pensaron edificar en su honor un hospital católico para los incurables. Ya se habia recogido una suma considerable, cuando la Señora Noel, noble coloniesa, diò con este objeto tales cantidades, que se hacen subir hasta 300 mil francos. Las hermanas de S. Carlos están encargadas de este hospital, que fue solemnemente bendecido el 15 de Noviembre de 1856.

Hemos visto anunciado por el Univers, que el Prefecto del Sena ha publicado una relacion, en la que observa, que al paso que se aumentan los legados á las órdenes é instituciones religiosas, disminuyen los destinados á los hospitales y asilos de mendicidad. Se sabe que en Francia la ley civil tiene el derecho de negar su consentimiento à las mandas que se hacen á las corporaciones morales, ó al menos de disminuir su valor. Si esto no obstante, aquellos legados se aumentan tanto, fuerza es confesar, que muy grande debe ser allí el amor á las órdenes religiosas. Ni por esto debe temerse que los pobres pierdan su causa; pues si en medio de las calumnias, y arterias con que se procura desacreditar á las órdenes religiosas, la opinion pública se manifiesta tan favorable, es una relevante prueba que el buen sentido del pueblo comprende el buen uso, que para el bien público hacen de sus bienes aquellos à quienes se dejan los legados.

Seria un trabajo curioso el investigar cuantos conventos, que antes eran el asilo de almas dedicadas á Dios, y que en ellas tenian sus santas delicias, se han transformado ahora en prisiones en los paises de Europa en que fueron abolidos los conventos. Esta estadística probaria, que la necesidad de los presidios crece, á proporcion que se disminuyen los conventos y los religiosos.

Los diarios han traido últimamente noticias de la China, que no están destituidas de importancia. En primer lugar nos anuncian un nuevo

BIBLIOTECA NACIONAL

tratado de comercio entre los Emperadores de China y Rusia, combinado por el agente ruso, que reside en Pekin. Sus artículos principales son la cesion á la Rusia de un territorio y de un puerto en la costa occidental de Chusan: la facultad de edificar una fortaleza en el territorio cedido, con un consul general, que podrá nombrar otros tres cónsules y agentes diplomáticos que residan en otras Provincias del Imperio.

Otros diarios anuncian tambien, que la Francia, la Inglaterra, y los Estados Unidos celosos de la facultad que la China ha concedido á la Rusia para poder tener un Ministro residente en Pekin, quieren obtener lo mismo de grado ò por fuerza. Que habiéndose convenido sobre este asunto las tres Potencias, han dado sus instrucciones oportunas á las escuadras, que tienen en los puertos de China. Dícese que muchas de las barcas, que tantos servicios prestaron en el mar negro deben salir de Francia, para que los franceses puedan penetrar, por los rios, al interior del Imperio. Añaden últimamente, que no será dificil à las ya dichas potencias conseguir lo que desean de un Emperador tan amenazado de sus súbditos rebeldes, y que este admitirá la proteccion de aquellos potentados Europeos y americanos, cuyos Ministros deberán residir en su Capital.

El descubrimiento de las minas de las Californias y de la Australia, abrió á la Europa una fuente abundantísima de oro, tanto, que en el corto espacio de 4 años, la cantidad de este metal reducido á moneda ha llegado á 2,800 millones, cuando anteriormente no pasaba de 4,000 ó 5,000 millones en 10 años. Segun las estadisticas menos exageradas puede creerse, que cada año salen de las minas de 600 à 700 millones, viniendo en su mayor parte á enriquecer la Europa. Pero, lo que parecía favorable al erario público, y á la industria de los particulares, ha llegado á producir graves peligros á la industria de casi todos los Estados Europeos, y muy particularmente á la Francia. Por que disminuyéndose la cantidad de la plata en aquella misma proporcion que se aumentaba la de oro, y por otra parte habiéndose ordenado en las Indias y en la China, que sola la plata tubiese curso legal, se han originado de aqui perjuicios considerables á la industria y al comercio: cantidades enormes de plata se exportaron de Francia; y disminuyèndose el valor relativo del oro, y no teniendo tanto crédito los billetes de banco, y el papel moneda, se hizo dificil el comercio, y peligraron grandes empresas. Desde 1851 á 1855 salieron de Francia 1,180 millones de plata, y no entraron del mismo metal sino 693 millones. De este estado de cosas nació la inquietud y la agitacion que en los últimos años se ha notado en el comercio, y que aun no ha cesado del todo. Sin embargo, va renaciendo la confianza en los ánimos, ya por las precauciones que van tomando los Gobiernos; ya por el aspecto pacífico que al parecer presenta la Europa despues de la funesta guerra de Oriente.

Editor responsable:
D. Juan Crisóstomo Arroyaga.

LOGROÑO:
Imprenta de D. Domingo Ruiz.
Calle de la Plaza frente á Portales núm. 34.